

LASDAOALPLAY presenta

LOS CASOS DE

VALENTINE CORSO

Los muertos sin voz



1

La hora de comer había llegado a Venecia y, en una pequeña mesa cerca de la cocina de un restaurante asiático, Valentine Corso estaba sentado repasando las noticias del día en un periódico —uno de los pocos que todavía sobrevivían tras la guerra y que se resistían a dejar paso del todo a las nuevas tecnologías de la información, que tanto mal habían hecho—. Ese restaurante asiático estaba situado en una de las esquinas del Campo di San Lio, y era un lugar que el detective solía frecuentar; no solo porque estuviera cerca de su despacho y así se ahorraaba tener que cocinar en el pobre hornillo que allí tenía, sino que además era una de las mejores cocinas de Venecia... y eso era mucho, teniendo en cuenta la fama de la cocina italiana.

En ese instante, justo cuando Corso pasaba la página y llegaba al artículo que hablaba de los hechos que estaban sacudiendo la ciudad, un hombre de una edad similar a la de Corso salió por la puerta que llevaba a la cocina de aquel establecimiento. En sus manos llevaba un gran cuenco a rebosar de fideos que situó frente a la nariz del detective sin demasiadas contemplaciones. Y sin decir nada, ocupó una mesa cercana para empezar a doblar servilletas de papel para distribuir por las mesas vacías del local, que eran todas menos las que ocupaban él y Corso. Aunque aquel hombre de mirada viva y ataviado con un traje chino tradicional parecía absorto en su tarea, de vez en cuando echaba fugaces miradas hacia su cliente americano que, entre bocado y bocado de aquella especialidad de la casa —que ni tan siquiera estaba en la carta—, seguía leyendo aquel artículo con atroces noticias.

—¿Algo bueno? —preguntó finalmente el asiático con un perfecto acento inglés, o americano, según se mire, que contrastaba con su aspecto.

Corso alzó la cabeza de las dos ocupaciones en las que parecía estar ensimismado y clavó sus pupilas en las de su interlocutor.

—Nada desde que terminó la guerra —respondió a la vez que doblaba el periódico y lo dejaba a un lado para centrarse en el humeante plato de comida que tenía enfrente.

—Me lo suponía... —dijo el otro entre suspiros de resignación.

Pero antes de que pudiese añadir nada más, la campanilla de la puerta anunció la llegada de nuevos clientes, los primeros del día si exceptuaba a Corso. Antes de que los recién llegados pudiesen darse cuenta, el asiático se atavió la cabeza con un gorrito a juego con el traje, encorvó un poco la espalda en signo de sumisión y junto las manos frente a su pecho, a la vez que dibujaba una amplia sonrisa en su rostro.

—¿Los señores desean comer? —preguntó haciendo desaparecer por completo su perfecto acento americano para dejar paso a una horrible pronunciación llena de eles en lugar de erres y de todo tipo de estereotipos que hicieron que Corso tuvieran que contener una carcajada.

Mientras el amo del restaurante conducía a sus clientes a una mesa apropiadamente alejada de la de Corso, este en seguida se dio cuenta a que venía todo aquel numerito. Por el aspecto de aquellas dos parejas —a priori, dos matrimonios de más de sesenta años—, no se trataba de simples currantes de la ciudad o del puerto, esas personas formaban parte de algo que había regresado a la ciudad hacía muy poco: los turistas. Con la paz, todos aquellos que habían terminado la guerra con los bolsillos llenos habían recuperado esa costumbre de deambular por el mundo, para ser el pan de cada día de ciertas ciudades, pueblos y lugares que, por suerte o por desgracia, habían sobrevivido al conflicto, como era el caso de Venecia, cuyo destino parecía seguir siendo terminar engullida por la laguna.

Tras un rato durante el que amo del restaurante había hecho gala de un talento interpretativo a la altura del mejor actor del nuevo Hollywood, agasajando a sus clientes mientras les cantaba las bondades de sus platos, se encaminó a la puerta de la cocina y, antes de prestarle atención de nuevo a Corso, se asomó a la cocina para vociferar el pedido a sus empleados.

Alguien respondió en chino desde el otro lado del umbral y él regresó a su tarea de doblar servilletas.

—¿De verdad necesitas seguir haciendo el cuento del chinche acabado de llegar, Johnny? —preguntó Corso con una sonrisa de incredulidad en los labios.

Antes de responder, el asiático miró a su viejo amigo y antiguo compañero de armas con una cara de hastío que lo decía todo; aun así, respondió:

—Sí, lo necesito, no preguntes porqué, pero este rollo del chino servicial vende más que el mejor servicio que puedas imaginar. —Miró hacia la mesa que

ocupaban los turistas para asegurarse que no le prestaban atención y se acercó a Corso para susurrarle—: Podría servirles la peor bazofia que se me ocurriera, que si lo envolvía todo con esto —explicó señalando su atuendo—, me pagarían el doble.

Corso sonrió, Johnny Chang tenía toda la razón. Si cualquier viajero con ganas de una experiencia exótica aterrizara en su restaurante y descubriera que, en realidad, no era asiático, ni tan siquiera chino, sino un californiano nacido en San Francisco con ascendencia coreana que, tras la guerra, había decidido instalarse en Italia como restaurador, lo más probable era que ni tan siquiera cruzaran su puerta. Corso lo había conocido en Francia, no era que fueran grandes amigos a partir de ese momento, pero la guerra estrecha lazos se quiera o no, por lo que, a pesar del tiempo, seguían manteniendo una buena relación... además, Johnny acostumbraba a invitarlo.

—Lo harían igualmente —afirmó Corso justo antes de usar los palillos para meterse en la boca un buen montón de fideos.

Johnny sonrió agradecido, en la cocina tenía a sus primos y las recetas de la carta eran las familiares, las que había aprendido de pequeño.

Después de aquella breve conversación, Johnny fue llamado desde la cocina para recoger los platos y llevarlos a la mesa; y cuando volvió, harto de doblar servilletas como un obseso del origami, se sentó en la mesa de Corso y le tomó prestado el periódico.

—Con todo lo que podemos hacer con el comunicador más barato, me sorprende que sigan imprimiendo estas cosas... y que tú las sigas comprando.

—Ya sabes que soy un nostálgico.

—Un torpe es lo que eres —añadió Johnny con una carcajada que hizo que los clientes lo miraran sorprendidos por la fluidez de su conversación con ese hombre tosco y mal afeitado, pero el restaurador no les hizo caso y empezó a pasar páginas.

Al poco, se detuvo y paró su atención en las fotografías que llenaban la doble página central.

—La cosa sigue igual, ¿eh? —preguntó enarcando una ceja.

—Sí... y, antes de que lo preguntes, no sé nada que pueda amenizar tu día, John. No es mi caso y no tengo nada que ver con él.

—¿Seguro?

—Segurísimo —respondió tajantemente el detective.

—Por lo que sé, hace poco te las tuviste con una pellejuda loca y, como guinda, ahora tienes a Ingrid, ¿no?

—Sí, pero una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—De acuerdo... pero hay que admitir que, aunque no estén vivos, da un poco de grima ver las imágenes de sus cuerpos desgazados como simples electrodomésticos.

—En eso sí que te doy la razón... Deberías ver la cara de la pobre Ingrid cada vez que publican alguna de estas fotos.

—¿Te preocupas por ella?

La pregunta era un poco maliciosa, aunque los androides convivían con los humanos con cierta naturalidad, seguían siendo cosas, algo que estaba por debajo, por lo que tratarlos como iguales siempre llevaba a confusión, malentendidos y situaciones incómodas.

—Sí, pero no del modo que insinúas, es mi empleada y, aunque nunca creí que lo diría, dudo que la agencia pudiese seguir adelante sin ella.

—¿Solo eso? —preguntó Johnny moviendo las cejas con picardía.

Corso frunció el ceño y gruñó.

—No me toques más los huevos y me obligues a marcharme antes de terminar, sabes que me gustan demasiado tus fideos como para dejarlos a medias.

Johnny dejó el periódico y alzó las manos en señal de rendición.

—Está bien, vaquero, está bien. —Hizo una pausa durante la que dejó que Corso volviera a su plato y, después, añadió—: Ahora en serio, ¿no sabes nada?

—Lo mismo que sabe todo el mundo, que cada semana encuentran a uno o dos androides desmadejados como piezas de recambio. —Dio un bocado de fideos y, tras masticar y tragar, continuó—: Las víctimas no tienen un perfil concreto y parece que no hay pistas que puedan conducir a un culpable. Lo que está claro es que ahora es muy peligroso para un robot pasearse por Venecia de noche y que la policía tampoco va a tener prisa por resolver el caso.

—¿Por qué lo dices?

—¿En serio me lo preguntas?

Johnny asintió con cara de sorpresa.

—Pero en que mundo vives. Los *carabinieri* no van a mover ni un dedo por un «asesino» en serie de robots, estrictamente hablando ni tan solo se pueden considerar asesinatos —explicó el detective.

Johnny pasó la página y la imagen de un androide con las tripas abiertas y desparramadas por el adoquinado de una calle Venecia lo golpeó.

—Pues nadie diría lo contrario —dijo con cierto reparo.

Justo en ese momento, en el que Corso tragó el último fideo y sorbió el caldo que había quedado en el cuenco, los clientes de Johnny llamaron su atención.

—Mierda... —protestó el restaurador.

Corso le arrebató el periódico de las manos y lo dobló en cuatro partes.

—Bueno, chico, ya nos veremos... —Y, señalando con el mentón a los turistas, añadió—: Ánimos.

Johnny sacudió la cabeza como despedida y se encaminó a la mesa mientras Corso cruzaba el umbral de su restaurante con una sola cosa en mente: ¿cómo reaccionaría Ingrid ante la noticia de la muerte de uno de sus semejantes?

2

Corso cruzó el Campo di San Lio con paso apresurado, una suave llovizna caía sobre Venecia, y no tardó en llegar al edificio que albergaba su agencia. Se quitó el sombrero y lo sacudió en el aire para secarlo un poco, y cuando lo tuvo de nuevo sobre su cabeza, se encaminó para subir los ochenta y un peldaños desgastados de la tortuosa escalera que lo llevarían hasta la puerta de su oficina.

Con el periódico bajo el brazo y la sensación de que sus piernas le pedían un descanso, llegó a la cuarta planta de aquel edificio del siglo xvii, lugar donde la puerta con las letras de Corso P.I. decoraban el cristal, y la abrió. Al principio le pareció no escuchar nada, pero al cabo de un instante percibió el suave perfume, así como el ligero taconeo de los zapatos de su... ¿Qué era Ingrid para él? ¿Una secretaria? ¿Una empleada? ¿Acaso era su androide? Todavía no tenía muy claro cual era la relación formal que mantenían con la androide que unos meses atrás había cruzado aquella puerta para pedirle ayuda y a la que, después, una vez libre de su anterior dueño, había contratado. Pero, sinceramente, no le importaba, durante aquel tiempo había visto que la dinámica con Ingrid era positiva para ambos... ¿eran amigos, tal vez? Lo dicho, no le importaba, la presencia y el carácter de la androide había hecho de aquella oficina un lugar respetable, ya no era la leonera que regentaba cuando estaba solo, todo lo contrario; ahora, Corso P.I. era un negocio limpio, pulcro y, lo más importante, profesional... aunque él seguía siendo el mismo de siempre por mucho que ella hubiera intentado arreglarlo, como solían bromear.

Ingrid no tardó en hacer acto de presencia cargando un pliegue de documentos de algún caso que dejó cuidadosamente en una bandeja sobre el escritorio de Corso, el mismo en el que, hasta la llegada de la robot, los papeles, los periódicos, los expedientes y las fotografías se apilaban alrededor de un sucio cenicero, una botella de alcohol —*grappa*, normalmente, pero podía cambiar según la oferta del súper de la esquina— y un viejo ordenador portátil. Durante sus primeros días de trabajo, Ingrid se había dedicado a poner orden en todo aquello, había escondido el alcohol dónde los clientes no pudieran verlo y aunque no había cambiado el ordenador, lo había actualizado y funcionaba como nunca lo había hecho antes.

—¿Por qué me miras así, Val? —le preguntó Ingrid con una sonrisa ladeada.

El detective se había quedado con la mirada perdida en ella, no es que pudiese negar que la encontraba atractiva —eso era algo imposible con ese aire de Marilyn Monroe que evocaba—, pero en realidad se había embobado pensando en el bien que estaba haciendo aquella androide.

—¡Oh! Por nada, nena —respondió él regresando al presente y dejando para otro momento los recuerdos del cambio que había supuesto en su gris y triste vida la aparición de aquella androide.

Corso nunca se alegraba de la muerte de nadie, por muy mal que le cayera, pero, por primera vez en su vida, había visto en la muerte del último dueño de Ingrid algo bueno: la había llevado a él.

—¿Algo nuevo? —preguntó Corso encaminándose hacia su escritorio a la vez que se quitaba el sombrero y lo colgaba en el perchero que había a la derecha.

—No...

Corso se sentó en su silla y miró a la androide arqueando una ceja.

—¿Pero? —preguntó con inquina, aquel monosílabo le había sonado a poco, como si tras él hubiera algo más.

Ingrid esperó unos segundos durante los cuáles rumió cómo y qué debía responder, si es que lo hacía, como si no se atreviera a soltarle lo que la carcomía por dentro; pero, finalmente, no pudo contenerse más y dijo:

—Ha habido otra muerte.

Corso sabía que se refería al último androide que se había encontrado aquella madrugada tirado y desmadejado en un callejón.

—Lo sé, lo he leído —respondió dejando el periódico sobre el escritorio con el titular que hablaba sobre el tema bien a la vista.

Ingrid le clavó sus inquisitivas pupilas, como si esperara que continuara hablando, pero Corso no dijo nada, solo intentó sostenerle la mirada.

—¿Y? —preguntó finalmente el detective cansado de que la androide lo ganará en el juego de sostener la mirada.

—¿Cómo que «y»?! ¿De verdad tengo que decírtelo?

Corso suspiró.

—Ya lo hemos hablado, Ingrid, no puedo hacer nada.

—Claro que puedes.

—No, no puedo, no es mi caso.

—¿Quieres que sea tu caso? —preguntó ella poniendo los brazos en jarras.

—Si lo fuera podría hacer algo, hasta entonces, debo esperar al siguiente cliente.

—Pues la tienes ante ti —espetó ella.

—¿Qué? ¿Tú?

—Sí.

—Esto no funciona así, nena. Debe ser alguien de fuera, no tu. —Corso hizo una pausa, no quería seguir con aquella discusión que se había repetido cada vez que los periódicos hablaban de la muerte de otro androide—. Además, esto está en manos de la policía, y ya sabes que no son muy dados a colaborar con gente como yo... como nosotros.

Desde que se había corrido la voz de que Corso tenía a Ingrid como secretaria, ciertos contactos, entre ellos algunos de la policía, habían visto con malos ojos la relación del detective con una pellejuda, como denominaban peyorativamente a los de su clase.

—¡Ja! ¡La policía! Menuda panda de imbéciles —protestó Ingrid una vez más—. ¿Sabes cuantos agentes han destinado al caso? ¿Cuántos efectivos están tras la pista de este sádico que se ha llevado a casi una veintena de los míos?

Corso volvió a suspirar, claro que sabía la respuesta, él se lo había contado, pero también sabía que Ingrid necesitaba desahogarse.

—Dime, ¿cuántos?

—Uno, un solo agente del departamento de robos, solo uno. No le dan ninguna importancia.

—Ingrid, debes comprenderlo, no se trata de... —Él mismo se dio cuenta del patinazo, la había cagado por completo.

—Ahora me dirás que no son asesinatos, ¿verdad?

—Legalmente no lo son. —Corso se frotó la frente.

—Pero, a pesar de ello, cada día está siendo mucho más peligroso para nosotros salir a la calle de noche. En cualquier esquina nos podemos topar con un loco que nos destripe y nos borre la memoria... —La voz de Ingrid tembló—. Y nadie hace nada, es como si no le importáramos a nadie, a no ser que no hagamos aquello para lo que hemos sido diseñados... Y... Y...

La androide ya no pudo contenerse más y justo después de su labio inferior temblara, unas enormes lágrimas cayeron de sus ojos, que lentamente se convirtieron en un llanto continuo.

Corso, sorprendido tanto por la bella delicadeza que evocaba Ingrid en aquel instante, como por la maravilla tecnológica que era, no tardó en levantarse y acercarse a ella. La cogió por los brazos y la obligó a mirarlo.

—No llores, nena —le dijo sin saber las palabras exactas para consolarla.

—No quiero llorar, esto de las emociones es una mierda —protestó ella mientras una temblequeante sonrisa aparecía en sus labios—. Ojalá no me las hubieran instalado.

Corso soltó una carcajada.

—¿De qué te ríes? ¿De mí?

—Un poco.

—Serás...

—¿Encantador? ¿Guapo? ¿Adorable?

—Cabrón.

—Eso suelen decírmelo.

Ella volvió a sonreír.

—Ahora en serio, Ingrid, lo siento... lo siento de todo corazón, pero no puedo hacer nada. No debo inmiscuirme en una investigación de la policía sin un motivo de peso, sin un cliente que me pague por meterme en un caso que no es mío.

—Pero, Corso, y si... y si...

Él sabía lo que pasaba por su cabeza.

—¿Y si la siguiente fueras tú? ¿Es eso lo que te preocupa?

Ingrid asintió.

—En ese caso sería diferente, no descansaría hasta que encontrara al culpable.

La androide bajó la cabeza tímidamente. Corso sabía que todo aquello era simple programación, pero, aun así, la hacía tremendamente adorable y atractiva, como si fuera la chica perfecta de la que enamorarse.

«Te estás metiendo en terreno pantanoso, Corso», le dijo una vocecita llamada conciencia y, suavemente, el detective rompió el contacto con la androide. Después, poco a poco, ella fue recuperando la compostura, se limpió con delicadeza las mejillas, y volvió a mirar a Corso con aquellos ojos tan vivos.

—Entonces, ¿no podemos hacer nada? —preguntó con cierto aire de decepción en la voz.

—No, nena, solo ir con cuidado para no vernos salpicados —respondió Corso frunciendo los labios y frotándose el mentón mal afeitado.

—Así, solo puedo cruzar los dedos para que esto se termine cuanto antes, ¿no?

—Me sabe mal decírtelo, pero sí. —Corso hizo una pausa mientras regresaba a su silla y ponía los pies sobre el escritorio, y añadió—: Solo si alguien llama a esa puerta para pedirnos ayuda, podremos ir tras la pista del desalmado que está haciendo esto a robots inocentes.

Ingrid hizo un gesto de decepción y se apoyó al otro lado del escritorio, no podía hacer nada y solo le quedaba esperar. Pero antes de que pudiese pensar de que manera podía distraer su mente para no pensar en las fotografías que había visto en los periódicos —algo difícil teniendo en cuenta la increíble memoria de los androides—, un fuertes golpetazos hicieron vibrar el cristal de la puerta de Corso P.I.

Ingrid se incorporó de inmediato y de un empujó apartó los pies de Corso sobre el escritorio.

—Un cliente. Ponte bien, por Dios.

Sorprendido pero agradecido, Corso sonrió, le encantaba tener a Ingrid a su lado, aunque solo fuera una buena amiga.

Con pasos rápidos, la androide se acercó a la puerta, la abrió para recibir al posible cliente y dijo:

—Adelan...

Las palabras de Ingrid se vieron interrumpidas cuando el hombre que había llamado a la puerta, la cruzó y vociferó:

—Quiero que encuentre a ese hijo de puta que destroza a los robots.

Ingrid clavó una alegre mirada en Corso, pero este puso los ojos en blanco pensando en qué había hecho para inmiscuirse en un caso como aquel.

3

Tras la repentina e inoportuna aparición del nuevo cliente, Corso se sintió entre la espada y la pared. No le gustaba que alguien estuviera destruyendo androides por las calles de Venecia, pero tampoco quería mezclarse en un caso que lo pondría a favor de los «derechos» de los androides, que aunque respetaba, no quería verse involucrado con ellos. Era demasiado pragmático para eso... aunque Ingrid diría que era un hipócrita. Puntos de vista.

—¿Me ha oído?! —vociferó el hombre abriéndose paso hasta el escritorio del detective—. Quiero que atrape al hijo de puta que se está cargando mis robots.

El hombre, corpulento y panzudo, con unas manos grandes como panes y las espaldas anchas, y una cabeza en la que no asomaba ni un pelo, se plantó frente al detective, que lo observó sin inmutarse desde su silla, medio reclinado, mientras que Ingrid lo hacía desde detrás de este, a la espera de que Corso hiciera algo. Al fin y al cabo, ella solo era la secretaria.

—¿A sus robots? —preguntó Corso enarcando una ceja con suspicacia.

—Sí, los míos.

—¿Todos eran suyos?

—Sí.

Corso sacudió la cabeza, le sorprendió que en la policía, por inútiles que fueran, nadie hubiera caído en la cuenta de que todos los robots eran de la misma propiedad. Eso daría algún indicio por el que empezar a investigar.

—No lo comprendo.

—¿Es que a caso es usted tan imbécil como los *carabinieri*? —escupió el hombre.

Corso sonrió con una mueca.

—Para su suerte, no, pero no acabo de comprender cómo puede ser que sean todos sus robots. ¿Cuántos posee, además de los destruidos?

—¿Poseer? —preguntó el hombre sorprendido.

—Sí.

—En realidad, no poseo ninguno de ellos.

—¿Ah, no?

—No, los fabrico.

Una chispa saltó en la cabeza del detective. De repente todo estuvo claro.

—Claro, usted los fabrica. —Y mirando a Ingrid afirmó—: Son suyos porque los fabrica.

Ingrid sonrió, mientras que el hombre los observaba cada vez más enrojecido.

—¿Se pitorrea de mí? —preguntó casi como si diera un directo a la mandíbula.

—No osaría... —Las palabras de Corso se quedaron en el aire mientras hacía una pausa vergonzosamente larga, lo suficiente para examinar con detalles las facciones y los gestos del hombre que tenía enfrente. Estaba claro que no era alguien con el que poder jugar, era un tipo que iba de frente y estaba realmente mosqueado. Pero también se le podía considerar razonable, seguramente solo tenía un problema con el estrés. Al fin, decidió continuar—: Sin embargo, creo que deberíamos empezar de nuevo... Corso, Valentine Corso, detective privado. —Se levantó y extendió la mano.

El hombre, desconcertado, se la estrechó con cierta flojera a pesar de las dimensiones de su mano, y así, sin más, el detective logró tomar las riendas de la situación.

—Ella es Ingrid, mi ayudante —dijo girándose hacia la chica, y añadió—: Es una androide.

Al oír aquellas palabras, el hombre se detuvo y examinó con ojo clínico a la chica, que, irremediablemente, se sintió examinada.

—Excelente trabajo... No es mío, pero es una de las mejores —dijo, un comentario que no agradó a Ingrid, hasta que el hombre rodeó la mesa y le hizo una reverencia para estrecharle la mano con una delicadeza inesperada para aquellas manazas.

—Encantado. Soy Alfredo Bassano, fabricante de robots. —Se pasó la palma de la mano por la frente sudorosa y enrojecida, y se sentó en una de las sillas que había frente al escritorio—. Discúlpenme. Están siendo unos días muy estresantes.

—No se preocupe. Comprendo la situación —afirmó Corso.

—¿La comprende? —preguntó Bassano mientras que Ingrid lo interrogaba con la mirada, también sorprendida.

—Por supuesto. Durante varias semanas está viendo como alguien se dedica a destrozar sus creaciones por toda Venecia, sin que nadie haga nada. Algo que, sin duda, está afectando a la imagen de su negocio. ¿No?

—Ha dado en el clavo.

Corso no respondió, solo sonrió satisfecho.

—En cuanto se supo que las víctimas habían salido todas de mi taller, vi como se cancelaban encargos y se reducían las ventas —confesó—. No es que fuera un sin parar de gente. Nosotros fabricamos piezas únicas y, por lo tanto, muy selectas, por lo que mi negocio no es un supermercado. Pero lo he notado.

Corso se frotó la barbilla mal afeitada mientras se acomodaba en su silla.

—Por el comentario de antes, supongo que ya ha hablado con la policía.

—¡Claro que he hablado! ¡Menudo atajo de ineptos!

El detective sonrió.

—En cuanto me di cuenta de la relación entre las piezas, me personé en la comisaria, pero no me hicieron caso. Me hicieron hablar con un oficial de segunda, un chupatintas barbilampiño, que solo me dijo que en casos de vandalismo como este... ¡Ha oído bien, «vandalismo»! El cuerpo de los *carabinieri* no podía hacer demasiado.

Corso se encogió de hombros.

—Bueno, en parte tiene razón, sin alguna evidencia...

—¡Pero si se las di! —lo interrumpió Bassano—. Prácticamente les cerré el caso, solo tenían que unir las piezas.

—¿Cómo? Señor Bassano explíquese bien que sino, aquí, volveremos a gritar como locos.

El otro cogió aire y se calmó.

—Disculpe, disculpe... —respondió antes de sacar del interior de su americana un fajo de papeles que entregó al detective por encima de la mesa—. Aquí lo tiene, con eso y dos dedos de frente cualquier «agente de la ley» hubiese podido cerrar el caso.

Corso tomó los papeles y los examinó. En cuanto lo hacía, se los pasaba a Ingrid que los iba amontonando con delicadeza. Eran amenazas, notas anónimas que aseguraban que si Bassano seguía con su actividad lo pagaría caro. Estaban hechas con letras recortadas de periódicos y viejas revistas, por el tono amarillento del papel, muy a la vieja escuela, lo que uno podría ver en una película antigua.

—¿Sabe de quién pueden ser?

—Sí y no.

El detective lo interrogó con la mirada.

—Como comprenderá, son anónimos, pero por lo que dicen y el tono, solo pueden ser de un grupo de terroristas que me están haciendo la vida imposible. A mí y a todo el gremio —se explicó Bassano.

—¿Y sabe cómo se llama ese grupo?

—Por supuesto. La Liga de los Defensores de la Sociedad Humana. —Corso hizo ademán de cuestionar a Bassano, pero este se adelantó—: Sí, suena muy idílico y, si los ve, creerá que se trata de una panda de *hippies* provida. Pero, en realidad, son unos cabrones y unos hijos de puta. Han saboteado varias fábricas, hacen la vida imposible a los transportistas que sacan las unidades de nuestros talleres, aparecen en las convenciones del sector...

Corso hizo un gesto con la mano a Bassano para que se detuviera, ya lo estaba comprendiendo, y después miró a Ingrid de tal modo, que esta captó en seguida lo que debía hacer. Y se alejó del escritorio para ir a recopilar toda la información que pudiera de la LDSH.

—¿Esto se lo ha contado a la policía?

—De la misma manera que se lo estoy contando a usted, pero solo me dijeron que eran suposiciones más sin fundamento y que cualquiera hubiera podido enviar estos anónimos.

—En parte tienen razón, pero no se preocupe, yo me haré cargo de su caso.

—No tenga miedo de la minuta, me interesa que pare los pies al hijo de puta que se está cargando mi obra.

—Señor Bassano, está en buenas manos, me pongo con ello ahora mismo. En cuanto tenga algún avance se lo haré saber.

—¿Personalmente?

—Por descontado.

El fabricante de androides se levantó de la silla, arrastrándola con el gesto, y estrechó la mano de Corso de nuevo, esta vez con mayor entusiasmo y fuerza. No preguntó ni dijo nada más, estaba claro que no le importaba el precio que pusiera el detective. Tenía dinero, era práctico y quería resolver el caso. Punto.

Corso lo acompañó hasta la puerta. Al pasar frente a Ingrid, inclinó la cabeza respetuosamente, no haciendo ninguna distinción por tener a una androide frente a él, que ella correspondió con una amable sonrisa.

El detective se despidió de su nuevo cliente, cerró la puerta y regresó a su mesa. Ingrid volvió a su lado y le entregó los anónimos y una pequeña nota escrita

con una caligrafía tan pulcra que leerla fue un placer. Era una recopilación de la información sobre la susodicha Liga de los Defensores de la Sociedad Humana.

—Eres muy eficiente, Ingrid.

—Lo sé —respondió ella con fingida altanería regresando al pequeño escritorio que se había montado en un rincón del despacho de Corso. Era algo pequeño y sencillo, pero tenía todas aquellas herramientas que al detective se le escapaban y que ella dominaba casi como si fueran extensiones de sí misma.

Corso repasó las notas de Ingrid y soltó un silbido.

—Menudos individuos —afirmó sin levantar los ojos de los papeles que tenía en las manos—. Manifestaciones violentas frente a las puertas de las fábricas. Agresiones a trabajadores inocentes. Vandalismo contra propiedades. También se han colado en algunas fábricas y oficinas no se sabe exactamente para qué...

—Y no te olvides de un pequeño detalle.

Corso alzó la mirada e interrogó a la androide.

—Palizas a robots.

El detective asintió y se frotó la frente. A pesar del discurso que tenían y con el que defendían sus actos, a ojos de la ley se asemejaban más a terroristas que a activistas en contra de la integración de los robots en la sociedad.

Corso soltó un bufido hastiado. Él no era muy político, no le gustaban los que se escudaban en ese oficio y menos desde que tuvo que luchar en una guerra por ellos. Pero tampoco comprendía como algunas personas se implicaban en una lucha que no les afectaba, más allá de querer o no considerar a los robots como personas.

—Mal que me pese, tendré que ir a hablar con esta gente, ¿no crees?

Ingrid asintió mientras tecleaba algo en el viejo ordenador de Corso.

—Por lo que veo y las noticias que hablan de ellos, tienen una suerte de campamento de *yurtas* al sur del Lido.

—Serán *hippies* pero no tontos.

Ingrid sonrió y anotó la dirección en un papelito, al tiempo que Corso se levantaba de su asiento, se ponía la americana y la gabardina y cogía el sombrero. Los dos se encontraron a medio camino de la puerta de salida del despacho.

Ella le alargó la nota.

—Creo que, en esta ocasión, no te acompañaré.

—Lo entiendo.

Él se guardó el papel en el bolsillo. Ella lo observó, iba absolutamente desgarrado.

—Algún día deberías acostumbrarte a llevar cierta tecnología encima.

—¿Cómo por ejemplo?

—Un comunicador.

—¿Algo más?

—Un arma.

El sonrió mientras se ataviaba el sombrero con naturalidad.

—Algún día me darás la razón —replicó ella ordenando las solapas de la gabardina de Corso.

—Puede.

Se encogió de hombros y le dio un beso en la mejilla.

—No me esperes despierta.

4

Durante su trayecto, Valentine Corso vio como el astro rey iba desfalleciendo, descendiendo lentamente por el horizonte. El día que había empezado gris y lluvioso, se había aclarado. Aún seguían cayendo gotas de agua, pero entre los nubarrones se habían avistado rayos de sol, que ahora ya lucían anaranjados a medida que se acercaba el ocaso.

La lancha que había tomado detrás del Palazzo Ducale, no muy lejos de la oficina de los *carabinieri*, surcaba las olas de la laguna con una suavidad acompasada, casi como si las conociera personalmente. A pesar de que estaba seguro que la factura del taxista le daría un infarto —algo que le preocupaba relativamente, ya que el que apoquinaría sería Bassano—, era el método más rápido para llegar a la playa de los Alberoni y, lo que era más importante, más cómodo. Seguro que el trayecto sería igual de largo si hubiese cogido algún *vaporetto*, pero no tenía ganas de encerrarse en una lata con un centenar más de sardinas sudorosas.

Con su acostumbrada naturalidad, el detective contemplaba el horizonte apoyado en la parte trasera de la lancha, viendo como las playas del Lido se extendían a su derecha, mientras que a su izquierda se abría el Adriático poblado por un sinfín de barcos que parecían no moverse.

—¡jefe! —exclamó el piloto.

Corso se agachó para mirar al interior de la cabina, desde dónde el hombre, un rudo marinero, comandaba la lancha.

—Le dejo en el dique del faro. —No era una pregunta, ni tan solo una sugerencia, sino una afirmación, un hecho.

Como respuesta Corso alzó el pulgar derecho y volvió a la posición anterior, para seguir viendo como se acercaba a su destino.

Apenas unos minutos después, la lancha rodeaba el faro, para después acercarse al pequeño muelle que había al otro lado. Allí, el piloto apagó el motor y ató un cabo para que su embarcación no se escapara.

Corso pagó con un billete grande, sin esperar el cambio y le guiñó el ojo, a Bassano no le importaría una propina de más o de menos.

El piloto se despidió de él y se marchó. Dejando a Corso mirando hacia la playa, en cuyo límite con un pequeño bosquecillo de álamos se veían una docena de *yurtas* de diferentes tamaños, y decenas de personas moviéndose a su alrededor. Visto a lo lejos, aquel campamento podría considerarse algún tipo de lugar idílico, lejos del mundanal ruido de aquel horrible siglo en el que les había tocado vivir. Sin embargo, cuando Corso pensaba en lo que aquellos hombres y mujeres hacían, en seguida dejó de ver aquello como un paraíso, y más como un infierno.

Sin prisa se acercó al campamento e, inevitablemente, su presencia no pasó desapercibida, y al cabo de pocos minutos y cuando todavía estaba a unas decenas de metros, un grupo de aquellos «campistas» salió en su búsqueda. Por la actitud y por el hecho de blandir alguna que otra barra de hierro, así como algún que otro bastón, el detective en seguida se dio cuenta que aquello no era el principio de una bienvenida amigable.

Se acercó cuanto pudo, pero prefirió mantener un perfil bajo y detenerse cuando fue evidente que no le dejarían avanzar más.

—Buenas tardes —los saludó con amabilidad.

El grupo habló entre ellos en italiano y rieron por debajo de la nariz. Corso los imitó, eran tan ingenuos que por deducir que no era italiano, creyeron que no lo hablaba.

—Si lo preferís podemos hablar en vuestra lengua —espetó con sorna el detective en un perfecto italiano.

No gustó y todos clavaron sus agresivas pupilas en él.

Corso, interesado en resolver su caso y sin ganas de pelear, alzó las manos y dijo en su lengua materna:

—Solo he venido a hablar.

Los otros volvieron a mirarse entre ellos y finalmente, una mujer, seguramente de unos cincuenta años pero bastante mal llevados, avanzó hacia a él.

—No tenemos nada que hablar con la policía.

—Qué suerte, yo soy detective privado, pero cuando los vea se lo diré.

Ella escupió al suelo.

—Sois todos la misma mierda.

—Solo quiero saber un par de cosas, nada del otro mundo, para ayudar a mi cliente —insistió el detective en tono conciliador.

—Algún ricachón con demasiado tiempo libre.

Estaba claro que aquella mujer no daría su brazo a torcer.

—Sí, casualmente es un ricachón, pero eso no quiere decir que no esté en su derecho en saber lo que me ha encargado descubrir.

—¿Y nuestros derechos? —replicó la otra.

Corso enarcó una ceja.

—¿Qué derechos? ¿El de acampar en un espacio público y amenazar a cualquiera que se acerque? ¿Tenéis permiso para todo este tinglado?

—Nadie ha venido a echarnos.

—Cómo para hacerlo, si a uno que viene con un par de preguntas lo recibís con bastones y amenazas —replicó Corso.

Sabía que no tenía las de ganar, pero no dejaría que lo vencieran en ese estúpido duelo dialéctico, y más cuando le interesaba conseguir las respuestas que había ido a buscar.

—Eso no importa —dijo la mujer cortando secamente la conversación, y eludiendo responder a aquellas evidencias—. Sea el caso que sea, tú no eres bienvenido.

Corso la observó y después examinó a la cuadrilla que tenía detrás, a la vez que, de fondo, veía como la vida de *hippie* continuaba entre el campamento de *yurtas*.

—Está bien, está bien —respondió el detective—. No quiero problemas.

La mujer hizo una mueca satisfecha, hasta que Corso alzó las manos en rendición, en las que, hábilmente, sostenía un par de las amenazas que había recibido Alfredo Bassano.

—Entonces sí que tendré que ir a la policía a contarles la historia de las amenazas a los...

—¡Un segundo! —lo detuvo la mujer antes de hablar con sus compañeros entre susurros y gesticulaciones.

Corso se paró, giró sobre sus talones y esperó la respuesta jugueteando con los papeles que les había mostrado a los *hippies*.

Al cabo de un instante, la mujer se encaró con Corso y preguntó:

—¿Qué quiere saber?

—¿Son vuestras estas amenazas? —Y volvió a mostrarle los papeles.

La mujer los observó y, sin responder, se encaminó hacia el campamento a la vez que le hacía un gesto para que la siguiera, obligándolo a pasar entre el amenazador grupo de «*hippies*».

Sin mirar atrás para comprobar que lo siguiera, la mujer se dirigió directamente a una de las *yurtas*, mientras que Corso aceleró el paso para unirse a ella. A medida que se adentraba en el campamento, se dio cuenta de pequeños detalles de cómo aquellos hombres y mujeres vivían siguiendo los preceptos que defendían hasta el límite. No se apreciaba ningún tipo de tecnología alrededor de las *yurtas*, ni tan siquiera un cable de un frigorífico. Además, la ausencia de androides era total, así como del característico zumbido que emite cualquier aparato electrónico. Tampoco había antenas que captaran las señales de radio y televisión. Vivían completamente al natural, ajenos al presente. Aunque algún modo de conectarse con el mundo debían tener, ya que bien que aparecían en los momentos más oportunos para defender sus ideales.

En seguida llegaron a la puerta de una de las *yurtas* más grandes, la mujer se detuvo y apartó la cortina que hacía las veces de puerta e invitó a Corso a cruzarla... Y con invitar digo que le pegó un empujón que lo hizo entrar trastabillando.

En su interior apenas había luz natural y un embriagador olor a incienso lo impregnaba todo. Había un aparente desorden, como de ese que todavía no se ha acabado de instalar después de una mudanza. Dio unos pasos y se acercó al centro de la tienda y, de repente, una voz lo alertó de que no estaba solo.

—¿Qué quieres? —dijo con gravedad la voz masculina que provenía de un rincón oscuro y en que se percibía un sutil movimiento entre las sombras.

—Ya se lo he dicho a aquella mujer, ¿son vuestras estas amenazas?

Y sin miedo, Corso se acercó al rincón y extendió la mano con las dos hojas que ya había mostrado a la mujer con antelación.

Un mano completamente tatuada en el extremo de un brazo parecido las cogió.

Mientras aquel hombre las examinaba, el detective vio que, en un rincón de la *yurta*, había un par de pilas de periódicos y revistas viejos, con las hojas amarillentas. Ahora no se pondría a comprobar si en las páginas de aquellas

revistas faltaba alguna de las letras que estaban pegadas en los anónimos, pero tenía todo los números de que fuera así.

—Sí —respondió el hombre acercándose a la luz y dejando que Corso pudiera ver su rostro macilento, su melena castaña y unos ojos azules muy penetrantes—. Los hemos enviado nosotros.

—¿Y habéis cumplido con dichas amenazas?

—No... Son amenazas vacías, simple palabrería —explicó el hombre devolviendo las hojas al detective—. Se las enviamos a cualquier figura relevante de la industria tecnológica y, sobre todo, a aquellos que fabriquen androides.

—¿Cómo Alfredo Bassano?

—Por ejemplo, pero también las han recibido gente como Candiano, Pivetta, De Vecchio o Zucco. Se puede decir que casi las hacemos en serie, pero jamás llegamos tan lejos.

—¿Tan lejos? —inquirió Corso.

El hombre salió de la penumbra y mostró su aspecto de rastafari macilento y tatuado hasta las cejas.

—Jamás cumplimos nuestras amenazas.

—Salvo cuando dais una paliza o saboteáis una fábrica, ¿no?

—No hay pruebas de ello —replicó rápidamente el hombre volviendo a su posición inicial y enigmática.

Corso se frotó la barba mal afeitada y condujo aquel interrogatorio.

—¿Y sirven para algo?

—¿El qué?

—¿Las notas, las amenazas?

El hombre reflexionó un instante, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Sí, más de lo que pueda parecer. —Hizo una pausa y sonrió satisfecho mostrando una dentadura amarillenta—. Más de uno se ha asustado lo suficiente como para hacer caso a alguna de nuestras peticiones.

El detective miró la silueta del hombre en la penumbra. Se echó el sombrero hacia atrás y se rascó la cabeza. A pesar de que todo aquello olía muy mal, ya que frente a él había un hombre que se dedicaba a atacar por una idea sin demasiado sentido, lo cierto es que lo creía, y eso lo desconcertaba.

—¿Puedo hacer una última pregunta? Mejor dicho, ¿puedo plantearte una idea que me corre por la cabeza?

El hombre asintió.

—Claro, solo estamos charlando, ¿no?

—Supongamos que fueseis vosotros los que están detrás de unos ataques a robots...

—Que no lo somos —puntualizó el hombre.

—Pero podemos teorizar, ¿no?

—Por supuesto.

—Pues digamos que la Liga está detrás de dichos ataques. Teniendo en cuenta el ruido que están haciendo entre la población de la ciudad, ¿os lo atribuiríais?

El *hippie* permaneció en silencio un instante y, después, respondió:

—Si fuera cosa nuestra, que no lo es, lo más probable es que, de algún modo, dijéramos que hemos sido nosotros.

—¿No actuaríais en secreto?

—No, ¿para qué? No ganaríamos nada con ello, además, somos agentes políticos, debemos hacernos oír, si permanecemos callados, nuestros actos serán tan útiles como si no hiciéramos nada —respondió el hombre como si tratara de convencer a Corso de algo.

El detective calló y, después de un segundo en el que sus pensamientos se ordenaron solos, dijo:

—Muchas gracias por tu tiempo.

—De nada... —respondió el *hippie*, y con una amplia y descarada sonrisa amarilla añadió—: Siempre es un placer ayudar a la «autoridad».

El detective abandonó de la *yurta* y salió al exterior, donde la comitiva de bienvenida con la mujer al frente ya lo esperaba, mientras oía la sonora carcajada del *hippie* que parecía liderar aquella Liga de pirados. Con una sonrisa en el rostro y sacudiendo la cabeza a modo de despedida se alejó del campamento hasta que los *hippies* lo dejaron de seguir, aunque lo siguieron observando desde lejos.

«No sé porque creo a estos imbéciles», se dijo Corso mientras se alejaba de allí, encaminándose hacia el dique del faro, en el que una cabina de comunicaciones lo estaba esperando.

Entró y cerró la puerta tras él. Palpó todos sus bolsillos hasta que encontró lo que buscaba. La tarjeta de prepago de la compañía de comunicaciones. La pasó

por el lector para que le pudieran cobrar por la llamada. Primero llamó a la empresa de las lanchas taxi para que mandasen una a buscarlo.

«Suerte que paga Bassano», se dijo el detective después de colgar, mientras marcaba el número de su propia oficina.

—Corso P.I. —dijo la inconfundible figura de Ingrid mediante una proyección holográfica de tonos azulados.

—Me he equivocado, nena —respondió el detective de repente.

—¿Por no llevar un comunicador encima y pagar las estratosféricas tarifas de las cabinas?

—No, he confiado en las pruebas que me ha dado el cliente sin comprobar nada más. Los *hippies* son un callejón sin salida.

—¿Y las amenazas?

—Una práctica habitual para ellos, mera propaganda.

—¿Y ahora?

—Primero averigua todo lo que puedas sobre Alfredo Bassano, si alguien quiere cargarse a sus robots será por algo. Dime si tiene enemigos declarados, antiguos trabajadores con ganas de venganza, algún competidor... Lo que sea.

—Ajá —respondió Ingrid mientras que Corso la veía tomar nota en forma de proyección holográfica.

—Y, ahora, dime como se llama el agente que se encarga del caso, me gustaría hablar con él.

—Veo que cuando hablo me escuchas.

—Siempre, nena.

Ella sonrió. Corso sabía que todo era fruto de la programación que había en su interior, pero aquella sonrisa quitaba el hipo a cualquiera, fuera humano o no.

—Es el inspector Franco Orseolo, del departamento de robos.

—Has hecho los deberes.

—¿Lo dices o lo preguntas?

Corso rió.

—Lo digo... Llámalo y dile si tiene unos minutos para atenderme hoy mismo, aunque sea tarde, que yo todavía tengo que regresar a la civilización, y para eso aún me queda un rato.

Ahora la que rió fue Ingrid. A través de la proyección holográfica intercambiaron una mirada de complicidad, que les sirvió de despedida y cortaron la comunicación.

Enrollándose en su gabardina y alzando las solapas de esta, Corso salió de la cabina y se dispuso a enfrentarse a la tempestad que había amenazado a la Serenísima durante toda la tarde y que, al final, había arremetido contra ella en el peor momento: el de esperar una lancha en un dique a la intemperie.

Corso lanzó una mirada hacia el campamento de *yurtas*, ya no quedaba ningún *hippie* observándolo en el exterior, ahora el detective era problema de la naturaleza.

El regreso a Venecia fue duro. La laguna estaba embravecida hasta tal punto de que Corso tuvo que encerrarse en la cabina para no terminar empapado o caer al agua. Cuando el piloto le comunicó que habían llegado a la Plaza San Marcos, un poco más y lo besa por haberlo traído de vuelta con vida.

Ya con los pies en la tierra, se encaminó a la comisaría de los *carabinieri*, donde esperaba que el inspector Orseolo lo recibiera, a pesar de las horas.

Era de noche, la luz de la luna quedaba enturbiada por los nubarrones que seguían acechando en el cielo. Una suave llovizna arreciaba la ciudad, y hacía que la luz de las farolas y de los carteles de neón que poblaban los viejos edificios de la ciudad brillaran con unos peculiares reflejos que centelleaban en la oscuridad de la noche.

A pesar de que la ciudad había perdido el encanto romántico que tuvo hasta la guerra, cuando la tecnología se impuso a la nostalgia, Corso sentía algo especial por estampas como aquella.

El detective no tardó en llegar frente a la puerta del antiguo *palazzo* reconvertido en sede de los nuevos *carabinieri*, tras serlo del ejército italiano durante la guerra. Corso lo había conocido con ambas funciones, y en ambos casos siempre le pareció lo mismo: triste y decadente.

Cruzó el umbral y se acercó a la mesilla que hacía las veces de control de seguridad y de recepción.

—Hombre, pero si es el detective —dijo el agente uniformado que había tras ella—. ¿A qué se debe tu visita? ¿Negocios o placer?

—Como siempre, un poco de cada —respondió Corso.

—¿Quieres hablar con el jefe?

—No, esta vez no. Me conformo con el inspector Orseolo.

—¿Orseolo? Si que apuntas bajo esta vez.

Corso se encogió de hombros.

El agente le indicó unos sofás de piel vegana raídos para que esperara.

—Ahora lo llamo.

Acostumbrado a pasearse por la comisaría como Pedro por su casa, Corso se hizo el remolón, pero al final accedió y se dejó caer en uno de los sofás, estiró las

piernas y se quitó el sombrero, que dejó a su lado. El viaje en lancha lo había dejado molido, aún sentía como si su cuerpo subiera y bajara al ritmo de las violentas olas.

El detective se propuso descansar, pero no pudo ni relajar sus piernas, que una voz conocida resonó a sus espaldas.

—No puedo creerlo. El sabueso de Corso portándose bien.

Era el comisario Marcello Mastroianni que, por el aspecto y el rostro ojeroso, seguramente regresaba a su casa, aunque muchos creyeran que dormía en su despacho.

—Solo estoy descansando, ya sabe que nunca me porto bien.

El comisario sonrió, pero después dijo:

—No me digas que vienes a tocarme los cojones a estas horas. —Aunque sonó más como una súplica.

—No, hoy vengo a tocárselos a otro.

El comisario resopló aliviado, pero su curiosidad profesional le pudo más que su cansancio.

—¿Y quién es el afortunado?

—Orseolo.

—¿Orseolo, de robos?

—El mismo.

—¿Por...? —Pero no le dio tiempo a Corso para que respondiera—. No me lo digas, los pellejudos desguazados.

—Como se nota que es el jefe de la policía.

Mastroianni sonrió.

—¿Es por un cliente o por tu chica?

—¿Mi chica?

—La androide. Ingrid, ¿no?

Corso ya sabía que había corrido la noticia por toda la ciudad que había acogido a una androide, y, por ende, todas las historias que habían derivado a raíz de ello. A cada cual más fantasiosa, lasciva y, por descontado, falsa.

—Sí, pero no, no es por ella. Es por un cliente.

—¿Importante?

—Lo suficiente.

Mastroianni hubiera seguido interrogando a Corso, para saber por donde le vendrían los golpes más adelante, pero la aparición de un inspector de paisano más joven lo hizo desistir.

—¿Corso, Valentine Corso? —preguntó.

—Es él —dijo el comisario por el detective.

—¿Lo conoce, comisario?

—¿Qué si lo conozco? —exclamó Mastroianni—. Más que su madre.

Corso sonrió, abandonó el sofá y se unió a los dos policías.

—¿Amigos? —insistió Orseolo.

El detective miró al comisario a la espera de que fuera él el que respondiera, pero no abrió la boca.

—Digamos que colaboradores puntuales —aclaró el detective.

Ahora fue Mastroianni el que sonrió, pero, finalmente, puso una mano en el hombro de Orseolo, como si quisiera darle ánimos, y dijo:

—Os dejo a solas.

Y sacudiendo la cabeza a modo de despedida, desapareció por la puerta.

El detective y el inspector de los *carabinieri* se miraron un instante mientras procesaban la conversación a tres bandas que acababan de tener.

—¿De qué querías hablar? —preguntó Orseolo de vuelta a la realidad, pasando directamente al tuteo.

—¿Tienes tiempo?

—¿Para el trabajo? —preguntó de forma retórica y respondió—: Siempre.

—Pues...

Pero Orseolo lo detuvo con un gesto de la mano.

—Vayamos a mi despacho —dijo casi como una orden y encabezó la marcha.

Tras un breve recorrido por los intestinos de aquel *palazzo*, llegaron a un despacho con una ventana muy pequeña y las paredes muy llenas de papeles, carpetas y archivadores, aparentemente, sin ton ni son.

—Siéntate aquí —dijo el *carabiniere* liberando una silla sobre la que un montón tambaleante de papeleo amenazaba con caerse.

Solo por el desorden y por estar disponible a esas horas del día, Orseolo le cayó bien a Corso.

El detective obedeció, se deshizo de la gabardina y el sombrero, y se acomodó.

—Tu androide me ha dicho que querías hablar del caso de los robots desguazados, ¿no? —preguntó ocupando su silla de oficina, situándose tras un ordenador y varias bandejas con documentos en ellas siguiendo el mismo sistema de clasificación que el resto del despacho: caótico.

—Se llama Ingrid y no es mi androide, sino mi empleada —lo corrigió Corso.

—¿Empleada?

—Sí, es libre de ir a donde quiera y, a pesar de todo, ha decidido aceptar ser mi secretaria... Si quieres que te diga la verdad, no sabría que hacer sin ella.

Orseolo soltó una carcajada.

Corso comprobó que la química era recíproca. Se anotó mentalmente que querría invitarlo a una copa cuando resolviera el caso... porque iba a resolverlo, como siempre.

—Y sí, Alfredo Bassano me ha encargado que descubra quién hay detrás de los ataques contra los robots que, casualmente, han salido todos de su taller —explicó el detective.

Y, a partir de aquí, le contó lo de los anónimos, su visita al campamento de los *hippies*, la corazonada de que no habían sido ellos, la metida de pata al confiar en las pruebas de su cliente y, en definitiva, el papel en blanco que tenía frente a él.

Mientras hablaba, Orseolo trasteó con los papeles y las carpetas, hasta que puso una bastante delgada frente a él.

Así que Corso dio por terminado su discurso, no pasó ni un segundo que el *carabiniere* dijo:

—Y has venido por si yo puedo iluminarte el camino, ¿me equivoco?

—Para nada —respondió Corso recostándose en su asiento y soltando un resoplido.

Ambos intercambiaron una carcajada.

El ambiente que los rodeaba era como si se conocieran desde hacía años y no minutos. Por un extraño giro del destino, Corso y Orseolo se habían cruzado en ese preciso instante y, sin quererlo, se habían hecho... ¿amigos? El tiempo lo diría.

—Entonces, ¿qué me puedes contar? —preguntó el detective, insistiendo en el tema que lo había llevado hasta allí.

Orseolo abrió la carpeta de cartón azul que tenía frente a él y repasó las pocas notas que tenía entre las manos.

—Para empezar decirte que, en este caso, no hay nada que no pueda contarse. Todo ya ha salido en la prensa y si hay ciertos detalles que no han trascendido, ha sido por casualidad —explicó el policía—. La conexión con Bassano la tuvimos en cuanto fue destrozado el tercer androide, momento en el que caímos en la categoría de los robots y su origen.

—¿Por qué no hablasteis con Bassano?

—Porque no lo consideramos relevante —respondió encogiéndose de hombros—. Los propietarios, si bien muy dispares entre ellos, todos pertenecían al mismo perfil económico, por lo que nos decantamos más por un ataque de tipo social. Su fabricante no tenía porque darnos más información.

—¿Y los anónimos?

—Como bien te han dicho los de la Liga, han mandado este tipo de papeles a decenas de empresarios, y más de uno ya nos los había enseñado. Por lo que cuando vino Bassano pegando gritos, tampoco le dimos importancia. —Orseolo hizo una pausa y bajó la mirada a sus papeles—. En cuanto al *modus operandi* es tan básico que no se puede considerar ni como tal.

—¿A qué te refieres?

—Algo tan sencillo como que parece ser que le dan una paliza al androide hasta el extremo de partirlo, literalmente, a palos. Se han encontrado astillas, probablemente de estacas o bates de béisbol, y restos de metal, de algún tipo de palanca o barra de hierro

Inmediatamente, Corso pensó en los *hippies*, pero su corazonada le valía más que una evidencia como aquella que, hasta cierto punto podía ser válida, pero también circunstancial. Al fin y al cabo, ¿cuánta gente podía tener acceso a un bastón y a una barra de hierro?

—¿Ataques repentinos?

—Casi, ya que hay una premeditación al centrarse sólo en los androides de Bassano.

Corso asintió, aunque aquello aparentemente simplificaba las cosas, lo cierto es que las complicaba al no haber ningún tipo de rastro que pudiera seguir.

—¿Algún detalle más? ¿Algo que pueda revelar a los atacantes? —preguntó Corso, pero ante la mirada de suspicacia de Orseolo, aclaró—: Aunque no des detalles, solo por saber si tenéis algo con lo que seguir.

—No, no hay nada. Los ataques siempre se producen en callejones, no hay testimonios ni pistas de los atacantes... Bueno, puede que sí que las haya, pero como se mezclan con el resto de mierda que cubre las calles de Venecia, no se puede obtener nada.

—¿Y en los androides?

—Tampoco. En las memorias no se ve a los atacantes, los deben golpear primero por la espalda y se ensañan con ellos cuando ya están en el suelo, antes de que puedan mirarlos al rostro.

Corso se frotó la cara.

—¿Nada más?

Orseolo sacudió la cabeza negativamente y el detective suspiró decepcionado.

—Lo siento, Corso. Estamos igual que tú. Tampoco es que cuente con muchos efectivos para un caso como este...

—Al fin y al cabo, legalmente, es solo vandalismo, ¿no?

—Exacto.

El detective se llevó una mano en la nuca, estaba cansado. y no quería seguir con aquella decepción frustrante en la que se había convertido ese caso.

—Bueno, solo me queda preguntar una cosa, por hacerlo oficialmente, claro.

—¿El qué?

Y como si lo recitara como un niño pidiendo el aguinaldo por Navidad, dijo:

—¿El cuerpo de *carabinieri* de Venecia se opone a que yo, Valentine Corso, detective privado autorizado, investigue el caso que ya tienen abierto?

Orseolo lo contempló durante un instante y después soltó una sonora carcajada.

—Lo siento, chico, pero, en serio, ¿lo tienes que hacer siempre?

El detective se encogió de hombros.

—Siempre que se investigue lo mismo.

—Menuda faena, pero no, no nos oponemos.

—Gracias.

—¿Ya está?

—Sí, con tu palabra tengo suficiente.

Sin más, Corso se levantó de su asiento, se puso la gabardina y jugueteó con el sombrero entre sus dedos.

—Si averiguas algo de provecho, ¿me lo podrás contar?

Orseolo lo examinó de pies a cabeza.

—Sí, mientras no obstaculice la investigación oficial.

—Por supuesto.

El detective se puso el sombrero y tocó el ala con el dedo índice de la mano derecha a modo de despedida. Orseolo asintió como respuesta. En aquel momento ambos sintieron que aquel era el principio de una bonita —y seguramente provechosa— amistad.

En cuanto salió a la calle, el viento lo empujó con fuerza a la vez que unas gotas de lluvia lo golpeaban casi en perpendicular, como si provinieran del horizonte en lugar del cielo. Se envolvió con la gabardina y empezó a andar, buscando las callejuelas que lo llevarían hasta su despacho con suerte sin quedar demasiado empapado.

El tiempo estaba como el humor de Corso, mal. El caso, que en un principio se pintaba sencillo y provechoso para su bolsillo, se había torcido de repente y se encontraba en un callejón sin salida. No había sacado nada de los *hippies* ni de la policía. Él no tenía ninguna pista que seguir, por lo que, muy a su pesar, sabía que el siguiente paso era hablar con su cliente y confesarle el mal camino en el que estaba. Algo que podría acabar con una disminución de su tarifa o, lo que era aún peor, la cancelación absoluta del encargo.

«Menuda mierda», espetó para sus adentros mientras callejeaba, fundiéndose en las sombras de aquella hora de la noche.

Por suerte, su despacho no estaba demasiado lejos y no tardó en llegar. Y, para su suerte Ingrid lo esperaba para recibirlo con los brazos abiertos, casi como haría una madre con su hijo.

—Menuda pinta llevas.

—Lo sé.

—¿Algo bueno?

Corso gruñó un «no» casi incomprensible.

—Ve a secarte un poco que he preparado la cena —dijo Ingrid.

—Sí, mamá —respondió él con tono socarrón dirigiéndose al baño.

—Muy gracioso, Val.

Como siempre, ese apelativo no lo usaba nadie, salvo la bella androide que tanto lo cuidaba desde que sus caminos se habían cruzado.

Cuando salió del baño, igual de desaguado, pero más seco, una lasaña lo esperaba en la mesa de su despacho. A esas alturas de la convivencia, Corso ya sabía que la androide hacía maravillas con el pequeño hornillo de la oficina. Ingrid estaba esperándolo con las piernas cruzadas, permitiendo que el corte de su falda mostrase la parte alta de sus contorneadas piernas. A Corso se le fue la vista, pero la contuvo con todas sus fuerzas.

—Los ecoterroristas son unos vendehúmos y la policía tiene menos pistas que nosotros —soltó Corso hastiado.

Sin embargo, en cuanto el aroma de la lasaña asomó bajo su nariz, los males de su vida se solventaron en seguida, aunque fuera momentáneamente.

—Que la policía tiene menos que nosotros es muy cierto —soltó calmadamente la androide.

Corso alzó la mirada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con la boca llena.

—Que mientras te paseabas por la playa, yo he hecho los deberes.

El detective sonrió, pero no dijo nada, siguió comiendo mientras era ella la que hablaba.

—Antes de que me pidieras que lo hiciera, yo ya había empezado a rascar en la vida y obra de Bassano, y, perdona que te lo diga, ese tío es un gilipollas.

Corso soltó un silbido de sorpresa.

—En serio, será muy educado con todo el mundo, incluso con los míos, pero es un pretencioso. Se cree por encima de los demás, sean de su gremio o no, pensando que sus «obras», como él las llama, son tan perfectas que justifica con ello lo que pide por un androide que haya salido de su taller. Además, aunque se llena la boca de que es él el que produce sus obras, por lo que he podido saber hace años que no coge una herramienta, y sus trabajadores no es que estén demasiado contentos, ya que rozan la sobreexplotación.

—Vamos, que es una pieza de cuidado.

—Ni más ni menos —dijo Ingrid—. Pero espera, que la historia no se acaba aquí. No es desagradable de puertas hacia dentro, hacia fuera también ya que se considera tan «artista», que apenas acepta que lo mezclen con otros productores menos exclusivos, incluso muchas son las veces que se niega a ir a ciertos eventos por no considerarlos a la altura de su marca.

Corso se frotó el puente de la nariz, tragó el trozo de lasaña que tenía en la boca y dijo:

—Todo esto está muy bien, nena, pero ¿de qué nos sirve?

—O estás muy cansado o eres más tonto de lo que pareces.

—Gracias.

—De nada... Tal vez no nos dé una pista, pero al ver como es en realidad tu cliente, cambia un poco la perspectiva de todo el asunto, ¿no crees?

El detective la interrogó con la mirada.

—Ha pasado de ser un noble artesano atacado a un idiota pretencioso con muchos enemigos interesados en darle dónde más le duela.

—Sus creaciones.

—Has dado en el clavo, veo que has estado atento.

—He tenido una buena maestra.

Corso se terminó la lasaña dejando la bandeja impoluta y dijo:

—Así que ahora ha llegado el momento de darle un nuevo enfoque a nuestra investigación interrogando en profundidad a nuestro cliente.

Ingrid asintió y dijo:

—Me gusta.

—¿El qué?

—Que digas «nuestra» investigación.

—Claro, acabas de ver que sin ti no soy nada. Seguramente ni comería.

—No, algo comerías, porque irías a ver a tu amigo Johnny.

Él asintió y se levantó de la silla. Miró el reloj de pulsera y dijo:

—Pero después de un día tan largo, lo mejor que puedo hacer es ir a descansar. Mañana tendré tiempo de hablar con Bassano a primera hora.

Y, sin más, se acercó a Ingrid, la besó en la mejilla. Sintió la aterciopelada piel de la androide en sus labios y el dulce aroma que desprendía, alargando un poco más de lo necesario el contacto físico, pero ella no protestó. Estaba claro que ambos agradecían la compañía del otro, pero ir más allá de la relación que tenían, era jugar con lo prohibido.

Al separarse, ambos suspiraron. El detective no la miró más y se metió en el pequeño cuartucho que había al fondo del despacho en el que había un par de camas —recuerdo de cuando había dos detectives en aquel despacho— para echarse a dormir. Por su parte, Ingrid miró a su alrededor, todo estaba

controlado, cerró la puerta, apagó las luces y siguió a su jefe. Aquel despacho era un cuchitril que solo alguien como Corso podía encontrar práctico, pero la androide no se atrevía a abandonarlo, poco a poco se estaba acostumbrando a su nueva vida, y le gustaba.

6

A la mañana siguiente, afeitado y con un desayuno de campeones entre pecho y espalda —gracias a la cocina no tan asiática cuando era necesaria de Johnny—, Corso salió del pequeño Campo di San Lio con la intención de aclarar muchas cosas con su último cliente, que el día antes parecía estar más interesado en colgarle el muerto de los androides desgazados a la Liga de los Defensores de la Sociedad Humana que de resolver realmente el caso.

Cruzó la ciudad de la única manera que se podía hacer en Venecia, callejeando. Escurriéndose por callejones estrechos y plazas insertadas en el mapa de la ciudad con calzador se encaminó hacia el taller de Bassano, en el barrio de Cannaregio. Situado en una de las clásicas calles acuáticas de la ciudad, la «fábrica» de los androides de su cliente estaba estratégicamente situada de tal modo que los clientes pudieran entrar por la calle, mientras que las mercancías lo hiciesen por el muelle en la parte trasera.

La tormentosa lluvia del día anterior había dejado paso a un día espléndido. El cielo era azul, algo poco habitual en los últimos años, las nubes se habían disipado y el aire era húmedo y fresco. De esos aires que parecen limpiar los pulmones de los que los aspiran. Todo ello hizo que Corso, huraño por naturaleza, disfrutara del paseo. A pesar de que el caso se había torcido solo empezar y algo que parecía fácil se había convertido en tremendamente complicado; había algo en el ambiente que le hacía augurar un buen porvenir, como si la conversación que mantendría con Bassano pudiese iluminar el camino a seguir de tal modo que el caso se pudiese resolver en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando llegó a la dirección del taller se detuvo para contemplar el edificio que tenía delante. Lejos de los palacios del Gran Canal, el negocio de su cliente se asemejaba más a los antiguos talleres de los vidrieros de Murano. Un frontal sencillo, sobre el que había un cartel de cuidada caligrafía en el que solo se leía: «BASSANO». Puertas amplias y cristaleras a juego, que permitían ver todo el producto en su interior, que, en este caso, era toda una retahíla de figurines humanoides paralizados y ataviados de las mil y una manera imaginables. Si no supiera la verdad, Corso hubiese pensado que se encontraba frente a un negocio de tráfico humano. Igualmente, el panorama era desconcertante.

Cruzó la puerta y una campanilla anunció su llegada. En la tienda ya había un par de clientes, atendidos con cuidado por unas elegantes dependientas cuyo brillo en los ojos denotaba que no eran humanas, un pequeño detalle en el que nadie parecía reparar. En cuanto el detective dio dos pasos en el interior, se acercó un chico —otro androide, sin lugar a dudas gracias a su aspecto perfecto— y con una sonrisa en los labios dijo:

—Bienvenido, ¿en qué puedo ayudarle?

—Venía a hablar con Alfredo Bassano.

Sin dejar de sonreír, el robot dijo:

—Lo lamento, caballero, pero es imposible hablar con el señor Bassano. Por fortuna, los clientes tienen la posibilidad...

—No soy un cliente —lo interrumpió Corso, tajante.

—Perdone, no le comprendo.

—No soy un cliente, vengo a hablar con el señor Bassano por una cuestión de negocios ajena a la tienda. Me dijo que viniera aquí si tenía que contactar con él —mintió, pero no se puede ser del todo honesto en esta vida.

El robot lo observó pasmado, como si a pesar de su perfección externa, le faltara un poco de memoria en su procesador. Tras un instante que se alargó un poco demasiado, se inclinó con educación y se perdió por una puerta que daba a la parte trasera de la tienda y al taller en el que se fabricaban, según los expertos, algunos de los mejores androides del mundo.

No tardó en aparecer un hombre maduro, quizá de unos cincuenta años, vestido con una bata de color beige, luciendo un bigotillo movedizo y con un cigarrillo colgando de sus labios.

—¿Viene a ver a Don Alfredo? —preguntó el hombre cuando estuvo a su lado. Corso asintió por respuesta.

—¿Por?

—Me contrató para que investigara los destrozos de los androides... Soy detective.

El hombre alzó las cejas y dirigiéndose al androide dijo:

—No te preocupes, Roberto, está todo controlado, yo me ocupo de este señor, puedes regresar a tus tareas.

El robot volvió a inclinarse con respeto y regresó a la tienda, mientras que el hombre invitó a Corso para que lo siguiera.

Una vez hubieron cruzado el umbral de la parte trasera, el detective se vio sumergido en un mundo completamente opuesto al prístino y blanco de la tienda, un taller con sus trabajadores, con sus ruidos y con sus olores, no del todo agradables, que indicaban que allí la supuesta magia no era más que técnica y oficio. Allí los androides se diseñaban, se fabricaban, se ensamblan y se programaban según el pedido de cada cliente. Algo mucho más personal que los androides prefabricados de otras marcas, cuyo software se podía programar una vez adquiridos.

El hombre, que por cómo lo miraban todos debía ser una especie de gerente, condujo a Corso hasta un despachito que parecía congelado en el tiempo desde mediados del siglo xx.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Quería hablar con el señor Bassano.

—Soy su... ¿cómo decirlo? Su hombre de confianza.

—Y no lo pongo en duda, pero el encargo me lo hizo él personalmente y quiero... no, necesito hablar con él para aclarar ciertos asuntos.

El hombre alzó una ceja tremendamente expresiva y se encogió de hombros.

—Está bien, si quiere hablar con él puede esperar aquí a que se digne a bajar. Ahora fue Corso el que lo interrogó con la mirada.

—No suele venir mucho por aquí —explicó el hombre—, a pesar de que su vivienda está en los pisos superiores.

—¿No suele venir mucho por aquí?

—Apenas pisa el taller, suele pavonearse por la tienda como mucho, el resto del tiempo está arriba o «haciendo negocios», como él dice, por la ciudad.

El hombre, mientras hablaba, puso cara de desprecio y de asco, como si respeto no fuera lo que sintiera por su jefe.

—¿No le gusta el señor Bassano?

El hombre soltó un bufido.

—Prefiero no verlo muy a menudo por mi taller.

A Corso le llamó la atención como había denominado el taller en cuanto a propiedad.

—Entonces, ¿usted es el responsable de las máquinas?

El hombre asintió.

—¿Y Bassano, no hace nada?

—Antes sí, hace años, pero ahora, a parte del nombre, de él no se sabe nada.

Corso, que sujetaba el sombrero con su mano izquierda, se pasó la mano derecho por el cabello, como si tratara de peinar su pelo rebelde.

—Por eso le digo que si quiere hablar con él, mejor será que espere sentado aquí, a ver si tiene suerte y no tarda en bajar.

—¿Hoy todavía no lo han visto?

—No, ayer vimos como subía a la hora de la cena. A no ser que haya salido por la noche, algo poco habitual en él, sigue arriba.

—¿Puedo...? —preguntó el detective señalando hacia el techo con la mirada.

El hombre se encogió de hombros.

—Como quiera, el acceso a su casa es la escalera que se encuentra al fondo a la izquierda —explicó con gestos—. Aunque no espere ser muy bien recibido sin todavía no se ha despertado.

Corso agradeció las indicaciones y los consejos y fue hacia las escaleras, que subió sin titubeos y llamó a la puerta. No obtuvo respuesta. Repitió el gesto un par de vez más, pero obtuvo la misma réplica, el más absoluto de los silencios. O Bassano estaba sordo como una tapia o tenía un sueño muy profundo... Corso no contó con que hubiera una tercera posibilidad.

Tras llegar a la conclusión de que nadie le abriría las puertas, el detective empujó la puerta con fuerza y el peso de todo su cuerpo y sintió como cedía un poco. Repitió el proceso dos, tres y cuatro veces, hasta que la hoja de la puerta se abrió de par en par y dejó al descubierto el motivo por el que Bassano no respondía: estaba tendido en el suelo sin vida en mitad del salón que daba la bienvenida a los visitantes.

El detective se acercó y comprobó el pulso, no había. El humor de Corso cambió de repente. Que muriera una de las partes implicadas en un caso ya era un problema, que lo hiciera el cliente, era una putada, y bien grande.

Aún de cuclillas junto al cuerpo, se frotó la frente con frustración y contempló la escena del crimen, memorizando todo lo que pudiera antes de que llegase la policía. El lugar parecía destrozado por una tremenda pelea, por el estado del cuerpo y las manchas de sangre que había en su ropa, así como debajo de él, estaba claro que había habido una pelea bastante fuerte en aquella casa, hasta el punto de llevar a la víctima hasta la muerte. No pudo fijarse en muchos detalles más, la imagen que tenía frente a él era bastante contundente como para impedir

que pudiera ahondar en las pequeñas cosas que le pudiesen dar una pista; además, por si esto fuera poco, el gerente de Bassano apareció al ver que el detective había abierto por la fuerza la puerta de la residencia de su jefe. Lo había seguido por miedo de que fuera a él al que le cayera el pelo por ese comportamiento, pero cuando fue a reprender a Corso, se dio cuenta del panorama.

—¿Está muerto?

El detective asintió.

—¿Del todo?

—¿Es que puede estarlo a medias?

—No, eso ya lo sé, pero Bassano era un hueso bastante duro roer.

—Pues lo han hecho picadillo.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo que se suele hacer en estos casos... —Ante la atónita mirada del gerente, Corso aclaró—: Llamar a la policía.

El circo no tardó en aparecer. La policía, el equipo forense, la científica y la prensa se volcó sobre la propiedad de Bassano, cada cual para su propio interés. Pero lo que hizo que fuera el propio comisario Mastroianni el que hiciera acto de presencia es que sus subalternos le informaran que el que había encontrado el cuerpo no era otro que Valentine Corso.

—No fastidies, Corso. Ayer lo vi bastante tranquilo, y ahora me traes un cadáver. ¿Qué has hecho esta vez?

—Nada, comisario.

—Entonces, ¿por qué siempre te encuentro en situaciones como esta?

El detective se encogió de hombros.

—No me trates de imbécil.

—Venía a hablar con mi cliente.

El comisario dejó de mirar a Corso, situado en el linde de la puerta, y se encaró hacia el cuerpo de Bassano rodeado por los expertos de la científica y del forense.

—¿Él?

—Él —respondió Corso.

El comisario se acercó al detective y lo cogió del brazo para llevárselo a un rincón apartado, y no en mitad del circo.

—¿Estás implicado en algo, Corso?

—No.

—No me jodas, Valentine. ¿Seguro?

Que Mastroianni llamara a Corso por su nombre de pila era algo preocupante, lo suficiente para que el detective no se lo pensara dos en cerrar el pico.

—No... del todo. Es por los robots desguazados.

—¿Bassano era el cliente importante del que hablábamos ayer?

Corso asintió y se explicó:

—Quería hablar con él, ya que la pista que me dio no llevaba a ningún lado, y creía que era él el que se reservaba algo turbio que podría explicar los androides destrozados... y, seguramente ahora, esto.

Mastroianni se apretó el puente de la nariz.

—Sabes que ahora no puedes meterte en este caso, ¿verdad?

—Sí, pero ¿por qué? No haré ruido, seré como una sombra.

—Lo siento, Valentine, pero la muerte violenta de un empresario como Bassano no es algo en lo que podamos meter la pata.

—Yo no meto la pata.

—Dejarte colaborar sería mi metedura de pata.

Corso apretó la mandíbula y sacudió la cabeza. No era tonto y comprendía la situación en la que se encontraba el comisario.

—Sin embargo... —dijo antes de hacer una pausa para que Corso lo mirase a los ojos—. No veo ningún problema para que sigas con tu caso, con el encargo que te hizo tu cliente.

El detective alzó una ceja.

—Solo hay una condición para ello.

—¿Cuál?

—Juego limpio. Al fin y al cabo, los dos estamos en el mismo bando, ¿no?

Corso se frotó la barbilla y valoró la oferta que le estaba haciendo el comisario. Por un lado le jodía no poder meter el hocico en el asesinato de Bassano, porque sabía que le ayudaría a resolver todo el caso. Pero, por el otro, si

se mantenía al margen, podría seguir a lo suyo y recibir información privilegiada que le ayudaría a cerrar el caso de los robots desguazados.

—Está bien, comisario.

Los dos hombres se estrecharon como caballeros, aunque con ciertas desconfianzas por ambos lados. No eran tan ingenuos como para confiar en una colaboración limpia y clara como el agua... tal vez como la de los canales de Venecia, sí, pero no como la destilada y embotellada.

Una vez se separaron, Corso se puso el sombrero y se dispuso a salir a la calle, pero Mastroianni lo detuvo.

—No te olvides de hablar de vez en cuando con nuestro amigo en común, el inspector Orseolo, ¿de acuerdo?

El detective asintió y se escurrió, primero hacia el taller y después a la calle. De nuevo, el tiempo se había girado, el viento había traído nubes nuevas. Se envolvió con la gabardina, se puso un cigarrillo en los labios y, resguardándose del viento, lo encendió con una cerilla que raspó en una pared. Sin poder meter la mano en el asesinato de Bassano y solo con la calle sin salida de los *hippies*, ahora tendría que sacar todo su oficio para conseguir salir adelante con aquel caso.

Enfurrñado en sus propios pensamientos, Corso empezó a deambular por las calles de Venecia. Aquella ciudad que lo había acogido después de la guerra y en la que se había integrado como una de los millones de piezas más que parecían no encajar, pero que formaban parte del gran engranaje que era la ciudad de los canales de posguerra.

Aspirando el aire de su cigarrillo sin sacar las manos de los bolsillos de su gabardina, sacaba el humo del tabaco con resoplidos cuál búfalo por la nariz, mientras que la ceniza se aguantaba en la punta hasta que un soplo de brisa se la llevaba lejos de él. No sabía porque quería seguir investigando el caso de los androides desguazados. Su cliente había muerto, por lo que si seguía con el caso, nadie le aseguraba que cobrase al final, lo resolviera o no, aunque presentase una factura completa y bien detallada a la empresa de Bassano o a su abogado. En cuestiones de dinero, siempre tendría las de perder.

«Esto me pasa por creer que lo podría resolver en un día», se reprochó recordando como se había lanzado a la calle tras la pista falsa de los *hippies*.

Mientras andaba se pegaba a las paredes para que el viento no le golpeará demasiado al llegar a una esquina, mientras fruncía el ceño, a juego con el mal tiempo que hacía.

El problema era que Corso era un sabueso y de los mejores, lo que quería decir que cuando cogía un hueso, no lo soltaba hasta que le había sacado hasta el tuétano. Era un tipo tozudo y persistente, sobre todo con su trabajo, por lo que, aunque fuera por su orgullo profesional, llegaría al fondo de los ataques a los robots.

«Además, no puedo fallarle a Ingrid ahora que tiene una buena excusa para hacerme investigar este caso», se dijo con media sonrisa asomando en sus labios.

Ese era un buen motivo para seguir adelante con el caso y no lamentarse por no cobrar, lo haría por ella, por la chica que lo cuidaba hiciera sol, nevara o lloviera.

«No sé qué haría sin ella», se dijo a la vez que alzaba la mirada del suelo por primera vez desde que había salido del taller de Bassano, y, al hacerlo, se topó de frente con una cafetería que, de italiana, no tenía nada. Pertenecía a una cadena

americana que se había extendido por el mundo como una plaga y, ahora, parecía ser el único sitio del mundo en el que pudieras encontrar un café... aunque no fuera decente.

Corso sacó las manos de los bolsillos para mirar el reloj de pulsera que lucía en su muñeca izquierda y comprobó que todavía no era mediodía. Aún era hora de tomarse un café con leche caliente y quitarse ese frío que empezaba a calarse en sus huesos.

Cruzó la puerta, hizo cola y cuando le tocó pidió un café con leche, y cuando le empezaron a preguntar por los extras solo dijo que sí al chocolate, lo demás era simple postureo moderno.

«Ni una guerra se ha cargado esta mierda», se dijo mientras esperaba que se lo sirvieran en un vaso innecesariamente grande de papel.

Con el vaso en una mano, el sombrero en la otra y la gabardina empapada, Corso giró sobre sus talones y miró el interior del local en busca de una silla —o butaca— libre. Y no la encontró, todas las mesas estaban llenas con gente frente a sus ordenadores o charlando con hologramas de tonos azulados que emergían de las mesas como fantasmas. Sin embargo, algo lo detuvo, un rostro, que no conseguía ubicar, pero que, sin lugar a dudas, le era conocido y lo había visto hacía poco.

Llevado por un impulso instintivo, se acercó a aquella mesa y se plantó frente al hombre que la ocupaba.

Este, sorprendido por la presencia de un extraño, dejó de mirar al fondo de su vaso de papel y alzó la vista hasta que se encontró con la mirada de Corso.

—Ho-Hola... —dijo titubeante.

—Buenos días.

El hombre lo examinó durante un segundo y, finalmente, dijo:

—Es usted, el detective.

—El mismo, y usted es el gerente de Bassano, ¿me equivoco?

El hombre asintió, mientras que con aire triste volvía a mirar a su vaso.

—¿Puedo? —preguntó el detective señalando la silla vacía que había en la mesa que ocupaba el gerente.

—Sí, ¿por qué, no?

Corso dejó el vaso, colgó la gabardina en la silla y dejó su sombrero a un lado de la mesa. Dio un sorbo de su café y se negó a aceptar que estaba más bueno de lo que esperaba.

—No hemos tenido la oportunidad de presentarnos adecuadamente. Soy Valentine Corso, detective privado.

Sin levantar la cabeza, el hombre respondió con tristeza:

—Luca Vianello, soy... bueno, era el gerente de Bassano, aunque eso ya lo sabe.

—¿Era? No diga eso, hombre, muchas marcas sobreviven a sus creadores —dijo Corso para reconfortar a ese hombre que parecía destrozado por la muerte de su jefe.

El hombre asintió, dándole la razón, pero lo hizo apesadumbrado.

—¿Tan bien se llevaba con Bassano?

—¿Yo? ¿Llevarme bien con Bassano? Ni por asomo... Bueno, nadie se llevaba bien con él —dijo casi ofendido—. Lo único bueno que tenía era que pagaba muy bien, aunque eso le hiciera creer que tenía derecho a todo.

—¿Qué quiere decir?

—Para él no éramos empleados o colaboradores que sosteníamos su empresa, sino sirvientes, o peor aún, esclavos.

—Comprendo. Por lo que supongo que había gente que le guardase rencor, ¿no?

—¿Me pregunta si tenía enemigos, no?

Corso asintió.

—Más de los que pueda imaginar —confesó sin remilgos—. De puertas hacia fuera, sobre todo con sus clientes, era el anfitrión perfecto. Pero en privado era un demonio... o el propio Diablo. Duro con nosotros, sus trabajadores, pero aún más duro con sus competidores. Supongo que por eso seguía donde estaba.

El detective lo interrogó con la mirada.

—¿Sabe cuántas veces habían intentado comprar el negocio de Bassano? ¡Decenas! ¡Centenares! Pero siempre sin éxito, y todo por él y su terquedad —explicó Vianello—. En un mundo en el que la industria de la robótica la dominan grandes empresas que fabrican androides en serie, él seguía en sus trece de hacerlos casi artesanalmente. Un Bassano es un producto de lujo, no de consumo. Si cualquier otro puede ser muy bueno, un Bassano es perfecto.

Corso, que había permanecido en silencio, dejando que Vianello se desfogara, dio un sorbo de su café, se pasó la mano por el cabello húmedo de la lluvia e hizo una pregunta que era clave para su investigación.

—¿Sabe que los robots desguazados eran todos de Bassano?

El hombre asintió.

—Por supuesto, el propio señor Bassano hacía semanas que no hablaba de otra cosa.

—¿E insinuó quién podía estar detrás de los ataques?

—Siempre hablaba de la gente de la Liga de los Defensores de la Sociedad Humana. —Hizo una pausa y se acercó a Corso, como si quisiera hacerle una confidencia—. Aunque, lo cierto es que yo creo que podía haber sido cualquier otro.

—¿Cualquier otro? —preguntó el detective fingiendo ingenuidad.

Vianello miró a su alrededor, como si alguien pudiera importarle la conversación que estaban teniendo y respondió:

—A mi parecer, por el método que había en los ataques, creo que es alguien que entiende algo de robótica. No unos *hippies* que viven como en la Edad Media. Seguramente alguien que se ha visto perjudicado por los negocios de Bassano.

—¿Un competidor?

El hombre asintió y se terminó el café que le quedaba de un sorbo.

—¿Podría hacerme un favor?

Vianello alzó las cejas y abrió las palmas de sus manos.

—Podría darme la lista de los propietarios de los robots destrozados.

—Uf, eso es más difícil de lo que parece. Necesitaría los números de serie de los robots y, para eso, tendría que verlos y buscar en lo que pueda quedar de ellos.

Corso sonrió, veía la luz al final del túnel.

Menos de una hora después, Corso estaba frente a la puerta del despacho de Orseolo acompañado por Vianello. El tiempo de haber hablado con el inspector de robos para saber si era posible ver los restos de los androides y haber dejado que

el gerente de Bassano pasara por su oficina a buscar su tableta con la que obtener la información.

En cuanto Orseolo salió de su despacho y tras una breve presentación, el inspector condujo a sus dos invitados al almacén de pruebas, frente a la puerta del cual se detuvo.

—De acuerdo, podéis mirar los androides, pero se deben tocar con guantes y, por lo que más queráis, no toquéis nada más.

Los dos visitantes asintieron y Orseolo abrió la puerta pulsando un código en el teclado numérico que la desbloqueaba.

Los tres hombres entraron y el policía los condujo a través de un mar de estanterías metálicas repletas de cajas con etiquetas blancas con los números de casos a los que pertenecían. Tras girar un par de veces por aquellos pasillos, fríos y oscuros, Orseolo llegó a una caja grande de plástico que estaba arrinconada frente a una de las estanterías.

—Aquí están —anunció y abrió la caja.

Los tres hombres se asomaron y vieron más de una decena de bolsas transparentes y cerradas al vacío, en cuyos interiores había pedazos de robots. Extremidades de cualquier tipo, torsos y cabezas con ojos que los observaban sin vida.

En lo primero en lo que pensó Corso fue en Ingrid y sintió como se le removía el estómago. Podía soportar un cadáver humano, pero no ese muestrario de piezas de androides que parecía el mostrador de una carnicería. Le importaba la androide más de lo quería admitir.

Entonces, el policía entregó un par de guantes a cada uno.

Sin embargo, solo Vianello se los puso.

Orseolo miró a Corso, que se sintió observado y juzgado.

—Yo no tocaré nada, no te preocupes, con lo que he visto he tenido suficiente.

El policía y el detective observaron como el fabricante de robots examinaba con cuidado cada bolsa para, a continuación, anotar algo en su tableta.

Ninguno de los dos supo cuánto tiempo estuvieron allí, pero sí que Vianello parecía no tener prisa. Con su jefe muerto, tal vez esa tediosa tarea lo relajaba de algún modo.

Cuando hubo terminado, Vianello volvió a guardarlo todo, cerró la caja y se giró hacia los otros dos.

—¿Y bien? —preguntó el detective.

El hombre bajó la mirada hacia su tableta y tecleó algo, y un sinfín de datos apareció en su pantalla.

—Aquí tiene la relación de los dueños o, al menos, de quién los encargó.

Corso se fijó en la extensa lista de clientes que tenía frente a él y soltó un resoplido hastiado. A primera vista ninguno le sonó. Podría hablar con todos ellos, pero sería una tarea larga y extenuante solo para verificar aquella lista.

—Te lo dije, demasiados datos para un solo hombre.

«Un solo hombre», se dijo Corso y sonrió.

—Solo necesito saber un «solo» nombre...

—¿Qué? —preguntó Orseolo.

—¿Puedes darme la lista de quién ha denunciado los destrozos a su propiedad?

El policía dudó, pero finalmente dijo:

—No. —Y tras una exasperante pausa dramática aclaró—: Pero puedo decirte quién no ha puesto ninguna denuncia, sin estar infringiendo ninguna ley.

Corso sonrió de oreja a oreja, con eso tenía suficiente.

Tras agradecer la colaboración a Vianello, Orseolo y Corso lo acompañaron a la salida de la sede de los *carabinieri*.

—Tú y yo tenemos que seguir trabajando, ¿no? —preguntó Orseolo.

Y sin que Corso tuviera que decir nada, el policía emprendió la marcha hacia su despacho con el detective a sus espaldas.

Mientras el policía contrastaba los datos obtenidos por el gerente de Bassano en su ordenador, el detective se relajó en un de los asientos para visitas. No eran muy cómodos, pero lo suficiente para que un hombre que había conseguido conciliar el sueño en las trincheras pudiera cerrar los ojos y reflexionar sobre el caso que tenía entre manos.

Las decenas de robots destruidos. Las amenazas de los *hippies*. Los enemigos de Bassano. La muerte del fabricante de androides de un modo muy parecido a los ataques contra los humanos electrónicos.

Por simple deducción, detrás de todo ello —porque la relación entre ambos casos era innegable— había alguien que conocía la tecnología de los androides, por lo certero de sus golpes —no se derribaba a un robot así como así—; que sabía de las cartas con las amenazas, por lo que si no era el receptor de estas, era muy cercano a este; y, de algún modo, tenía una relación de algún tipo con Bassano, personal o profesional, probablemente lo segundo por el hecho de la implicación de los androides.

Pero ¿por qué ahora se había decidido por matar a Bassano? ¿Había sido intencionado como con los robots o había sido un error? ¿Y quién podía odiar tanto a un hombre como para encarnizarse con su trabajo y después matarlo en su propia casa? ¿Todo estaba relacionado? ¿Era mera casualidad u oportunismo?

—¿Cómodo? — preguntó Orseolo sacando a Corso de sus reflexiones.

El detective se incorporó en la silla y miró a su interlocutor.

—Lo suficiente.

El policía sonrió.

—Entonces, ¿quieres saber quién no ha presentado denuncia alguna por la destrucción de su androide? ¿O mejor lo dejamos para otro momento que no estés tan ensimismado con tus propios pensamientos?

Corso asintió con una sonrisa en sus labios.

Orseolo comprendió el gesto y dijo:

—Según parece solo ha habido una persona que no ha puesto la denuncia por que alguien le haya destruido su androide. Y, curiosamente, fue el primer androide que fue destrozado. Uno femenino. —El policía siguió repasando los datos que había obtenido del hombre en cuestión—: Se trata de un tal Giacomo Rizzo.

El detective alzó una ceja y, un tanto desalentado, confesó:

—No me suena.

—A mí tampoco —dijo Orseolo—. Cuarenta años, origen romano, vive en Venecia desde después de la guerra, trabaja para DroidZ, Inc., soltero, no constan infracciones...

—¿Has dicho DroidZ, Inc.? —preguntó Corso interrumpiendo al policía.

—Sí.

—La empresa de Cesare Zucco. —No era una pregunta, ni tan solo una duda, sino una afirmación. El nombre de Zucco había vuelto a aparecer en esa investigación por segunda vez. Demasiada casualidad—. ¿Tienes una foto de Rizzo?

Orseolo no dijo nada, solo tecleó algo en su ordenador y, después, giró la pantalla para que Corso pudiera verla. En ella aparecía un rostro que no le era extraño al detective. Una sonrisa de triunfo apareció bajo la nariz del detective.

—¿Lo conoces?

—Sí, es uno de los hombres de seguridad de Zucco. Le rompí la nariz hace unos meses. Cuando lo del asunto de Uzzi. —explicó el detective como si Orseolo tuviera que conocer todo su historial de casos.

El policía fue a preguntarle porqué le había roto la nariz a Rizzo, pero prefirió centrarse en la investigación que estaba compartiendo con Corso.

—¿Crees que está implicado? —preguntó.

—Podría ser —respondió secamente Corso—. Aunque también me gustaría saber si su jefe tiene algo que ver.

—¿Su jefe?

—Claro —respondió Corso centrando su mirada en algo invisible sobre el escritorio de Orseolo, como si allí viera como las piezas del caso encajaban por sí solas—. Estaba al corriente de las amenazas de los *hippies*, ellos mismos me

dijeron que le habían mandado cartas. Podía tener algo contra Bassano... Dos hombre de negocios del mismo sector podrían ser competidores y tener entre ellos algo más que diferencias empresariales, ¿no? Y, casualmente, el primer robot destruido y el único que no ha sido denunciado es el que está a nombre de uno de sus empleados. Muchas coincidencias, ¿no crees?

—Sí, pero podrían darse. Además, ¿tú crees que un hombre como Zucco se ensuciaría las manos con los androides o con el propio Bassano?

—No, pero uno de sus hombres de confianza tal vez sí —respondió con una sonrisa.

—Pues ya sabes que te toca, ir a ver a Rizzo y a Zucco.

Corso hizo una mueca.

—Creo que esa parte te la dejaré a ti —espetó para sorpresa del policía. Este frunció el ceño.

—¿Por?

—Creo que no sería muy bien recibido por estos dos caballeros.

—¿Por la nariz?

—Puede. —Corso rumió algo y dijo—: En cambio, tú, un agente de la ley que está investigando un caso, seguro que es bien recibido para hacer algunas preguntas. —El detective sonrió con malicia—. No les acusarás de nada, solo harás algunas preguntas que los incomoden y estarás allí para ver como reaccionan.

Orseolo sacudió la cabeza mientras bajaba la mirada.

—¿De verdad me harás hacer el papelón de sabueso?

—Si pudiera, lo haría yo, pero esta gente me verá venir —se excusó el detective.

Sin añadir nada más, Corso se levantó de su asiento, cogió sus cosas y se encaminó a la puerta del despacho. Casi sin quererlo había dado un paso agigantado en su investigación y, de rebote, en la de Orseolo. Claro que le gustaría estar presente para tocarle los cojones a Zucco y a sus secuaces, pero sabía que si quería que la cosa funcionase, lo mejor era que nadie sospechara que él también estaba tras la pista.

—Me debes una —dijo Orseolo cuando Corso giraba el pomo de la puerta.

El detective se detuvo y, sin girarse, dijo:

—¿Seguro? Recuérdamelo cuando resuelvas tu caso gracias a mis pesquisas.

Y, sin dejar tiempo a que el policía respondiera, Corso abandonó el despacho.

—Será cabrón —espetó Orseolo mientras se preparaba para la tarea que tan amablemente le había «cedido» su nuevo amigo.

Después de dos días extenuantes de ir de aquí para allá con muy pocos resultados, el descubrimiento de la posible implicación de uno de los hombres de Zucco hizo que Corso no dudara en aprovechar el descanso que ahora se le ofrecía. A pesar de que le gustaría ser el que interrogase a Rizzo y a su jefe, que Orseolo se hiciera cargo de esa parte tenía algo bueno: podría relajar la mente y volver a un ritmo relativamente normal de vida.

En su despacho, mientras Ingrid ordenaba el papeleo y hacía todas las gestiones para que Corso P.I. no se hundiera en la miseria, el detective encendió la radio —un objeto casi antediluviano que aún funcionaba— y se recostó en su silla como solía hacerlo: con los pies sobre el escritorio, el sombrero tapándole el rostro y los brazos cruzados sobre su amplio pecho, casi como si fuera un *cowboy* que acabase de desmontar de su silla en pleno siglo *xxi*. De fondo, un *jazz* suave liderado por un agradable saxofón le estaba permitiendo evadirse de los problemas que le habían preocupado desde que Bassano entrase en su despacho. Ahora era solo cuestión de tiempo que Orseolo le llamase y le contara cómo había ido su encuentro con Rizzo.

Al pensarlo, no pudo evitar dibujar una sonrisa en su rostro, en el que una sombra de barba anunciaba el paso del tiempo. Sin embargo, su gesto se torció en cuanto la música se detuvo y habló una voz grave de hombre.

—Sentimos interrumpir la retransmisión de nuestros clásicos del *jazz* para informar de una noticia de última hora. —Aquel presagio no gustó a Corso que gruñó, a la vez que Ingrid levantaba la cabeza del papeleo para prestar atención—. Hace apenas unos minutos, la Liga de los Defensores de la Sociedad Humana acaba de atribuirse la destrucción en serie de androides que ha conmocionado nuestra ciudad las últimas semanas. —Corso se incorporó de inmediato en su silla—. Al mismo tiempo que admite la autoría de las amenazas anónimas que han recibidos diferentes empresarios vinculados al mundo de la robótica.

—¿Qué?! —exclamó el detective, casi como si tuviera la pretensión de que la voz le respondiera solo a él.

—De lo que se han desvinculado inmediatamente ha sido de la muerte violenta del ingeniero Alfredo Bassano, hallado muerto esta mañana...

La voz se fundió en cuanto el detective empezó a soltar todo tipo de impropiedades. Aquello le estaba removiendo las entrañas.

Antes de que pudiera seguir, el comunicador del despacho sonó e Ingrid atendió la llamada.

—Sí, ahora se pone.

Un holograma de cintura para arriba del inspector Orseolo apareció frente a Corso.

—¿Has oído lo de la Liga?

—Ahora mismo.

—Pues lo que tengo que decirte aún te va a gustar menos.

Corso permaneció en silencio, pero apretaba la mandíbula tan fuerte que fue una sorpresa que sus dientes no estallaran por la presión.

—Rizzo no ha respondido a ninguna de mis preguntas.

—¿Por?

—Su abogado no se lo ha permitido.

—¿Su abogado? ¿Cómo que su abogado? Si no sabía que ibas a verlo.

El gesto de frustración también se podía ver en el rostro del policía.

—Casualmente, el abogado particular de Zucco estaba allí y no ha dudado en representar al empleado y, cito textualmente, «hombre de confianza del señor Zucco».

—Mierda... —masculó Corso entre dientes.

Como podía ser que en apenas unas horas, un caso que parecía tan bien encaminado se había torcido de repente en todas sus partes.

—Así que, ahora —prosiguió Orseolo—, por un lado tenemos a unos culpables declarados por los ataques. A un sospechoso de nada que no responde a nuestras preguntas y que, en el mejor de las situaciones, será culpable de asesinar a Bassano, un caso en el que ni tú ni yo podemos meter baza.

Corso permanecía en silencio mientras se frotaba la frente y la cabeza probando de aclararse las ideas.

—Necesito pensar —sentenció.

—De acuerdo, yo voy a mi despacho. Si quieres cualquier cosa, llámame.

Ambos investigadores cortaron la comunicación. Corso se echó para atrás con furia y casi se golpea la cabeza con la ventana que tenía a su espalda. A su lado escuchó como unos delicados pasos se acercaban a él. Era Ingrid que se sentó sobre su escritorio con una suavidad inaudita, sensual, persuasiva.

—Entonces, ahora, ¿qué haréis? —dijo casi en un susurro con el rostro triste.

—No lo sé, Ingrid, no lo sé.

Que Corso la llamara «Ingrid» en lugar de «nena» o cualquier otro apelativo machista dejaba claro que la situación no era buena de ningún modo.

Sin poder estar quieto, Corso se acercó al escritorio, apoyó los codos sobre él y cruzó sus dedos frente a su nariz, a la vez que clavaba su mirada en el infinito. Sin poder consolarlo de ningún otro modo, la androide le pasó la mano por el cabello, para apoyarla, finalmente, en su ancho hombro.

—Todos los caminos que podía seguir no tienen salida. Zucco blindará a Rizzo y Mastroianni no me dejará meter la nariz en su caso de asesinato... por mucho que el muerto sea mi cliente —refunfuñó el detective—. Por si eso fuera poco, no hay más pistas que las que había conseguido encontrar hoy con Orseolo y Vianello. Por lo que no puedo hacer más que sentarme aquí y ver como los culpables, tanto de destrozarse los androides como de matar a Bassano, se salen con la suya.

Ingrid lo miró y después alzó la mirada.

—Bueno, siempre puedes volver a hablar con los *hippies*, ¿no?

—¿Por qué? Ya se han declarado culpables de los ataques y de las cartas.

—Sí, pero eso no fue lo que te dijeron la primera vez que hablaste con ellos.

Corso procesó las palabras de Ingrid y, lentamente, se giró para mirar a los ojos a la androide y, una vez más, quedarse cautivado por la perfección de aquella mujer.

—¡Eres un maldito genio, nena!

«Nena», la cosa había mejorado de golpe.

Corso se levantó y, en un arrebato, le dio un beso en los labios, que Ingrid se dejó hacer. Ambos se dejarían hacer muchas cosas por el otro, pero seguían sin querer meterse en ese berenjenal, y menos ahora que tenían que resolver un caso como el de los robots.

Cuando se separó de Ingrid, el detective cogió sus cosas y salió corriendo del despacho, pero antes de que cerrara la puerta, la androide le llamó la atención.

—Toma.

Y le lanzó algo que el detective no solía llevar encima: una pistola.

Él la interrogó con la mirada.

—Por si acaso la necesitas. —Y le guiñó el ojo con picardía.

Corso sonrió, sabía que Ingrid era su ángel de la guarda, y se fue.

9

Lo primero que hizo cuando sus pies pisaron el suelo del dique de la playa de los Alberoni fue comprobar si la pistola estaba cargada y la ocultó en la parte trasera de su pantalón, pero lo suficientemente asequible por si la tenía que usar. Algo más que probable.

Ahora venía la parte complicada del caso, en la que él, el detective, tenía que enfrentarse a un peligro inminente e inevitable. En concreto, tenía que hacer frente a un numeroso grupo de *hippies* con mala leche, armados hasta los dientes y dispuestos a usar ambas cosas en contra de una sola persona: él.

El viento arreciaba de lado, haciendo que avanzar primero por las piedras y después por la playa fuera complicado y tedioso. Al querer tener acceso rápido a su arma, Corso llevaba la gabardina abierta, y esta volaba casi como si fuera una suerte de capa.

«Ni que fuera un superhéroe», protestó para sus adentros sosteniendo su sombrero sobre su cabeza con la mano derecha.

El olor a sal en el aire era tan denso que casi se podía tocar.

Sus pasos eran lentos cuando sus pies se hundían en la arena.

Y sus anfitriones no estaban demasiado dispuestos a recibir visitas, y menos una como la suya.

Por algún motivo, el mismo comité de bienvenida que lo había recibido el día anterior ya lo esperaba en cuanto Corso estuvo lo suficientemente cerca como para ver con detalle el campamento de *yurtas*. Era una imagen casi anacrónica en aquel siglo de grandes avances técnicos. Allí, entre la playa y el bosque, las tiendas se alzaban y no se movían ni un ápice con el viento que las golpeaba de costado. A su alrededor no había rastro alguno de tecnología. Ni una antena, ni un cable, ni tan siquiera un farol o un hornillo de gas. Todo se basaba en el fuego y las técnicas más ancestrales de supervivencia humana.

«Serán idiotas, una cosa es creer en tus ideales y la otra vivir como un neandertal», espetó Corso para sus adentros mientras se acercaba a ellos.

Para sorpresa de nadie, el grupo se desplegó en una posición envolvente e intimidatoria para lograr detener el avance del detective, y, al hacerlo, no dudaron

en sacar a relucir las armas que llevaban en sus manos. Bates, palancas y cadenas, todo para noquear al intruso.

—¿A dónde vas, sabueso? —preguntó la portavoz del grupo.

—A hablar con vuestro jefe.

—Imposible.

—¿Por?

—Ahora está ocupado.

—¿Lamiéndole el culo a algún hombre de negocios dispuesto a «subvencionar» vuestra organización?

Las palabras de Corso sorprendieron a todos, como si no se esperasen que aquel detective pudiera saber ese detalle tan acusador.

—No puedes y punto —sentenció la mujer pasado un instante, cortando de raíz la discusión.

Corso sonrió y, sin amilanarse, se acercó a la mujer para encararse con ella. Los hombres que la rodeaban hicieron ademán de interponerse en su camino, pero ella los detuvo con un gesto, aparentemente Corso iba desarmado y no querían un problema con la ley por darle una paliza a un sabueso.

—Pero ¿sabes qué pasa? —dijo Corso con tono retórico—. Que, aunque tú y tus amigos no estéis de acuerdo, voy a pasar igualmente.

Ella soltó una carcajada.

—¿Y si no lo hago, qué?

Y, de repente, el gesto fanfarrón de la mujer tornó de golpe en uno de pánico a la vez que deslizaba la mirada lentamente hacia su estómago.

Allí vio como el cañón de un arma apuntaba directamente hacia su ombligo.

—Veo que lo has captado —dijo Corso.

En un rápido movimiento al acercarse a ella, el detective había desenfundado su arma. Que no soliera ir armado no significaba que no la supiera usar —demasiadas había usado durante la guerra—, por lo que, en un visto y no visto, la había sacado, pillando a todos por sorpresa.

—Ahora, si sois tan amables, me vais a dejar pasar sin problemas —dijo mientras empezaba a moverse hacia la *yurta* del jefe de la Liga sin dejar de apuntar a la mujer—. Somos personas adultas y razonables, ¿verdad? —continuó diciendo sin detener en ningún momento su avance—. Solo he venido a hablar, nadie tiene que salir herido por hablar, ¿no?

Todos los otros lo observaban entre asustados y atentos para saltar sobre él en cualquier momento.

—Espero que ninguno de vosotros pruebe de hacer nada extraño, porque antes de que cualquier me toque, me habré llevado a unos cuantos de vosotros por delante —dijo alejándose de ellos y acercándose a la *yurta* del jefe.

Nadie se movió, nadie lo detuvo y, para su sorpresa, el detective pudo entrar en la tienda presintiendo que mientras desde fuera no se percibiera nada extraño, nadie lo molestaría.

En cuanto cruzó su umbral, la voz gruñona del jefe de la Liga se escuchó desde las sombras del fondo.

—¿Ya os habéis deshecho de él?

—Creo que no —respondió Corso mostrando una amplia sonrisa en sus labios.

El hombre asomó la cabeza llena de rastas de las sombras y miró el arma.

—A mí no me vas a intimidar con esa pistola, he recibido los suficientes disparos como para tenerles miedo —le espetó con descaro.

En un rápido movimiento, Corso se abalanzó sobre él y lo agarró por el cabello, haciéndolo salir de su rincón y arrastrándolo hasta el centro de la *yurta*.

—¡Qué suerte he tenido entonces! —dijo el detective—. Porque no pretendía dispararte.

Y con estas palabras hizo girar sobre su mano la pistola y golpeó varias veces el rostro del *hippie* con la culata. Tras lo cual soltó su cabello y dejó que cayera su cabeza con todo su peso contra el suelo.

—Podemos hacer esto de dos maneras —anunció Corso sentándose en una silla plegable que estaba a su alcance y mirando al *hippie* con la cabeza ladeada—. Por las malas o... por las peores.

El *hippie* no respondió, aunque lo observaba por encima de su pómulo hinchado y ensangrentado.

—Pero, si te digo la verdad, con el humor que tengo ahora mismo, espero que escojas por las peores —explicó con una sonrisa llena de malicia.

El *hippie* siguió sin articular palabra.

—Muy bien, veo que tienes ganas de animarme la tarde, por lo que empezaremos con un método de interrogatorio clásico... —Se levantó y sin dar

tiempo a que el *hippie* reaccionara le sacudió un par de patadas en el estómago que le hicieron escupir sangre.

Sin embargo, siguió sin abrir la boca.

—Tal vez esperas que te diga que esto me duele más a mi que a ti, pero sé que no es así. —Y sin casi terminar la frase, Corso lanzó un golpe directo a la nariz del *hippie* con uno de sus zapatos, tras lo que se oyó un desagradable crujido.

El detective, que se estaba desahogando, regresó a su asiento y miró a su alrededor. Su instinto lo llevó a reparar en todos los detalles que lo rodeaban. Las mantas, los futones, los pequeños armarios, la fresquera, los ceniceros, los papeles viejos y un largo y decadente etcétera. Pero lo que le llamó la atención fueron varios fajos de billetes.

Sonrió.

—De acuerdo, creo que ya me he cansado, vamos a por algo un poco más convincente.

Volvió a levantarse, pisó con malicia la mano derecha del *hippie* que seguía tendido en el suelo y apuntó contra su meñique. Amartilló la pistola y su índice acarició el gatillo.

Al ver lo que pretendía el detective, el *hippie* forcejeó un poco sin poder liberarse y terminó por exclamar:

—¡Vale, vale! ¡Te contaré lo que quieras!

—¿Seguro?

—¡Sí!

—Pues empieza por decirme quién te ha pagado por atribuirlos los ataques a los robots..

Lo directo de la pregunta pilló desprevenido al *hippie*, que sintiéndose bastante coaccionado no dudó en responder.

—Un tal Giacomo Rizzo —confesó—. Se presentó aquí y me dejó todo ese dinero frente a las narices y me dijo qué debíamos decir.

—¿Iba solo?

—No, lo acompañaba otro tipo, parecido a él. Grande y fuerte, parecía que se dedicaba a cosas así, seguridad, intimidación...

—¡Su nombre! —le exigió el detective.

—Ni idea.

Corso apretó su talón sobre la mano del *hippie*.

—Piénsalo bien.

—¡No tengo ni idea!

—Si vieras una foto, ¿lo reconocerías?

El *hippie* se lo pensó durante demasiado rato.

—¿Lo reconocerías?! —vociferó Corso haciendo presión con el pie en el dorso de la mano.

—¡Sí, claro que sí!

El detective valoró la respuesta, tras lo cuál dijo:

—De acuerdo. —Corso se apartó y se sentó en la silla de nuevo—. Así que, según lo que me dijiste, vosotros no tenéis nada que ver con los ataques a los robots, pero sí con las cartas. Pero, de repente, de la noche a la mañana, un tipo se presenta aquí y os paga bien por decir que la Liga de los Defensores de la Sociedad Humana llevó a cabo los ataques. Así, sin más.

El *hippie* asintió a la vez que intentaba incorporarse.

—Y, sin hacer preguntas, vosotros le hacéis caso, ¿no?

—Sí, vino con mucho dinero, algo de lo que no tenemos demasiado, por lo que no dudé ni un segundo. No era un crimen tan grave, se ajustaba bastante a nuestra manera de hacer. Además, sabía que nadie vendría a preguntarnos nada. Al fin y al cabo, la gente nos tiene miedo.

Corso tosió.

—Casi toda la gente —se corrigió el *hippie*.

—¿Sabes quién lo enviaba?

El *hippie* lo miró extrañado y sacudió la cabeza.

—No, el tipo parecía ir por su cuenta. No pestañeó al sacar el dinero y en pedir lo que quería. No tenía pinta de alguien mangoneado por otra persona.

Corso lo observó durante un instante. Se recostó en la silla y se echó el sombrero hacia atrás. Estaba valorando si había soltado toda la información y si podría apretarle un poco más las tuercas. Pero algo en su interior le dijo que ya había exprimido a aquel despojo humano, que no sacaría nada más de él.

—Está bien. Me han gustado tus respuestas. Solo me queda una cosa por hacer.

Entonces, se llevó la mano al interior de la gabardina. El *hippie* al ver el gesto se acobardó, temiendo que su vida terminaría en aquel preciso momento de alguna manera cruel... Pero lo único que sacó fue un pequeño aparato que acercó

al jefe de los *hippies* que apenas podía vocalizar por cómo tenía la boca. Era una grabadora.

—Y, ahora, lo repites alto y claro para que te escuche el comisario de los *carabinieri*.

Mastroianni alzó las cejas cuando la grabación de Corso se detuvo. El comisario y el detective estaban reunidos en el despacho de Orseolo, que también observaba al detective con un gesto de sorpresa.

—Un método poco ortodoxo para conseguir una confesión, ¿no? —dijo Orseolo.

—¿Y legal? —preguntó Corso mirando al comisario.

Este se frotó la calva y respondió:

—No del todo, pero será admisible ante un juez. Es casi como si lo hubiera hecho uno de los nuestros, sabueso.

Corso sonrió, el numerito de poli malo que había hecho frente al *hippie* había valido la pena. No era muy fan de la violencia, pero no era ajeno a ella, por lo que si tenía que usarla para que un degenerado como aquel confesara que lo habían untado, la usaría.

—Así que ya veis —dijo el detective— Tenéis el caso resuelto. Si les hacéis las preguntas adecuadas a Rizzo y a su amigo, las piezas encajarán por si solas. —Hizo una pausa—. La pareja de tipos duros destrozan los robots por encargo de Zucco, después se les escapa la mano con Bassano, untan a los *hippies* para distraer la atención y se resguardan tras el ala de su jefe que los protege con su abogado. No hay discusión.

Por el gesto de su rostro, el comisario no parecía demasiado convencido.

—Salvo por la implicación de Zucco, de la que no tienes ninguna prueba.

—¿Por qué, si no, Rizzo y su compinche se cargarían a los robots? O, ¿por qué Zucco ha puesto su abogado al servicio de Rizzo? —dijo Corso.

—Está bien, es una duda razonable, pero puede que Zucco solo esté cuidando de su hombre de confianza, nada más —le rebatió Mastroianni.

—¿De verdad se cree lo que acaba de decir? —le espetó Corso.

—Puede que no del todo, pero no es mi tarea juzgar a nadie. Mi trabajo es reunir las pruebas y presentarlas ante el juez, nada más. Y las pruebas son que Rizzo untó a los *hippies* para que se atribuyeran los destrozos de los robots. Y nada más.

Corso alzó las palmas de sus manos.

—Está bien, pero cuando los meta en la cárcel, no se olvide mencionarme, siempre está bien un poco de publicidad.

Mastroianni hizo una mueca en la que se entrevió una sonrisa torcida, se levantó de la silla en la que estaba sentado y se fue hacia la puerta. Pero antes de abrirla, miró de reojo a Corso y dijo:

—Buen trabajo, sabueso. Muy buen trabajo.

10

Había llegado el momento de darse un merecido descanso. El caso de los robots desguazados no había sido uno de los más complicados de los que había tenido Valentine Corso entre las manos, pero, sin duda, sí uno de los más duros, hasta el punto de que se había visto obligado a empuñar una pistola. Sin embargo, ahora, después de entregarles amablemente todas las piezas a la policía, era el momento de esperar que las pesquisas que había llevado a cabo dieran sus frutos. Sin poder implicarse ni personal ni profesionalmente, ahora solo podía esperar a recibir noticias de la policía, fueran por la vía oficial o por la oficiosa, es decir, por Mastroianni o por Orseolo.

Por ello, tras dormir tanto como su cuerpo le hubo pedido, ahora estaba haciendo un desayuno tardío o una comida temprana —se negaba a llamarlo *brunch*— en el restaurante de su buen amigo Johnny Chang. A esa hora sus puertas estaban abiertas solo para los habituales y para los amigos, y Corso cumplía las dos condiciones. Además, por las calles de Venecia había corrido la noticia de que el sabueso americano había detenido al atacante de los androides y, para los que tenían un robot, era algo más que notable.

—Entonces, ¿verás algo de pasta por resolver el caso? —preguntó Johnny a la vez que le traía el segundo plato de salchichas con puré de patata y se sentaba a su lado.

Corso se encogió de hombros sin dejar de comer.

—¿En serio? ¿No tendrás ni una triste recompensa? Por mera cordialidad entre agentes de la ley.

El detective tragó y se limpió los labios con la servilleta bordada con motivos asiáticos.

—No había recompensa por resolver el caso. El hecho de ayudar a atrapar a un asesino tampoco implica una compensación —explicó despreocupadamente Corso—. Si consigo algo es por solicitarlo por la vía legal, es decir, mediante un abogado que me costará un ojo de la cara, por no hablar del riñón, a la empresa de Bassano, ya que estaba cumpliendo un servicio que él había contratado. Si no es así, no hay nada que rascar. —Dio un trago al vaso de agua que tenía frente a él y prosiguió—: Y, finalmente, aunque esté en el lado bueno de la ley, lo cierto es

que si puedo dedicarme a esto de «investigar» es porque ellos me dan permiso.
Nada más

El otro soltó un resoplido indignado.

—Serán estafadores.

Corso volvió a encogerse de hombros.

—Es lo que hay.

Lo cierto era que al detective también le escamaba no recibir nada por el trabajo que había hecho bastante bien. Sin embargo, conocía las reglas del juego en el que jugaba cada día, y también que no podría cambiarlas por nada del mundo.

—Te veo tranquilo.

—Lo estoy... En realidad, me siento satisfecho.

—¿Sí?

—Sí, porque he resuelto un caso que debería haber investigado desde el principio, cuando me lo pidió Ingrid.

Nunca lo admitiría frente a la androide, pero se arrepentía de no haberse involucrado antes por ella. La próxima vez le haría más caso.

Fue entonces cuando sonó la campanilla digital del comunicador que Johnny tenía en la cocina.

El amo del restaurante se levantó, apretó el hombro de Corso en un gesto de ánimo y empatía, y se fue a atender la llamada, dejando que el detective siguiera disfrutando de la comida.

Sin embargo, al cabo de muy poco Johnny reapareció y dijo:

—La llamada es para ti, sabueso.

Con la boca llena, Corso se señaló el pecho con gesto interrogativo.

—Sí, para ti.

Se limpió los labios con la servilleta, tragó sonoramente lo que tenía en la boca y se la llenó de nuevo con un gran trago de agua.

Con pasos decididos fue a la cocina y en el pequeño escritorio que hacía las veces de despacho de Johnny vio la imagen holográfica del comisario Marcello Mastroianni que esperaba.

Sin ceremonias, el detective se sentó frente a él.

—Hola, Corso.

Este lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Primero de todo, y aunque sé que no es como le gustaría que se haya resuelto el caso, oficialmente Rizzo y su compañero han sido detenidos por vandalismo y daños contra la propiedad y, lo que es aún más grave, por el asesinato de Bassano. Y ya está, no hay nadie más implicado.

El nombre de Zucco estaba en el aire, pero el comisario era lo suficientemente inteligente como para no mencionarlo.

—Digamos que, aunque no estoy contento del todo, está bien que la historia haya terminado así.

Mastroianni asintió y prosiguió con su llamada oficial:

—Por otro lado, y aunque no suelo hacerlo, debo disculparme porque no tengo forma de agradecerte tu trabajo en este caso, ya que el cuerpo de *carabinieri* no puede recompensarte por ninguna vía... Ya sabes como va esto, ¿no?

—De sobras, comisario, lo sé de sobras. Me conformo con haber hecho bien mi trabajo —afirmó Corso a medio camino entre la verdad y la mentira, sin acabar de decidir por qué versión de su consciencia se decantaba.

—Eso te honra... Más de lo que imaginas. Pero no te preocupes que, desde el cuerpo, procuraremos dejarte bien de cara al público.

—Gracias.

Mastroianni hizo una pausa, se rascó la calva y siguió con los puntos del día de aquella reunión a distancia.

—Pero, antes de que te desanimes del todo, solo te diré que Orseolo pronto se pondrá en contacto contigo para «comentarte» algo importante —dijo a la vez que le guiñaba un ojo sutilmente y pronunciaba ciertas palabras poniendo mucho énfasis en el entrecomillado verbal.

Corso alzó una ceja con suspicacia, pero no preguntó nada, las cosas irían una detrás de otra y quería empezar por terminar de comer.

Tras un instante en silencio, dejando que la mente de Corso captara las sutilezas de la última parte del mensaje, Mastroianni concluyó:

—Eso era todo cuanto tenía que decirte, Corso. Solo añadiré que espero que tardemos en coincidir de nuevo, sabueso.

Los dos hombres sonrieron y se cortó la comunicación.

Corso se frotó el rostro con las dos manos, se levantó y regresó a la sala del restaurante. En la mesa que él ocupaba estaba Johnny, que se entretenía leyendo

el periódico que Corso había comprado al salir de casa, mientras que un segundo hombre esperaba tranquilamente, distraído con la cuidada decoración asiática del restaurante. Era el inspector Franco Orseolo.

—Veo que me has encontrado.

—¿Has hablado con Mastroianni?

—Ahora mismo.

—Entonces ya te supones cómo habrán ido las cosas, ¿no?

Ocupando su asiento y cogiendo los cubiertos, Corso asintió apesadumbrado. No era un ingenuo y sabía de sobras como irían las cosas.

—Con la confesión del *hippie* sobre la mesa, Rizzo y su amiguito, siguiendo el consejo del abogado de Zucco, han confesado todos los crímenes para negociar la condena, dejando, por descontado, a su jefe fuera de la ecuación como los buenos perros fieles que son. —Se metió un trozo de carne en la boca, se lo comió tranquilamente y prosiguió con su discurso—: La destrucción de los robots queda como un mero acto de vandalismo y el asesinato de Bassano como un accidente, «se les fue de las manos». Mientras, Zucco ha conseguido sacarse de en medio a un competidor y podrá seguir ampliando su negocio. —El detective alzó la mirada y la cruzó con la de Orseolo—. ¿Me he dejado algo?

El policía sonrió.

—¡Ah, bueno, sí! Que después de todo esto, el que sigue sin cobrar soy yo.

Orseolo soltó una carcajada.

—No, no te has dejado nada. Pero en cuanto a lo último, creo que hay una pequeña confusión. —Y con un sutil gesto deslizó un grueso sobre por encima de la mesa, que de tan abultado llamó la atención de Johnny que enseguida supo lo que había en su interior, y Corso también.

—Por los servicios prestados y con las bendiciones del comisario.

Corso lo observó y frunció el ceño. Claro que sabía que en el sobre había un buen fajo de billetes, pero en su mente empezó a pensar de dónde había podido salir todo ese dinero. Ni del bolsillo del comisario ni del erario público Y, al cabo de unos segundos, su mente se iluminó y dijo:

—¿Estos no serán los billetes que los *hippies* recibieron de Rizzo, no?

Orseolo sonrió.

—Puede.

—¿De verdad? —preguntó Corso.

El policía lo observó divertido.

—Bueno, a veces las cosas se pierden por el camino.

Johnny, que todo el rato había estado atento a la conversación de Corso y Orseolo, intervino:

—Que yo sepa, el dinero no tiene nombre.

Corso asintió, alargó la mano, cogió el sobre y se lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, no sin antes dejar un billete para Johnny.

—Para saldar mi cuenta.

—Puede que solo sea parte de ella.

Corso asintió y se llevó el último bocado de puré de patatas a la boca.

—Por cierto —dijo señalando a sus dos compañeros de mesa con el tenedor—. ¿Ya os conocéis?

Los dos hombres sacudieron la cabeza negativamente.

—Johnny Chang, este es el inspector de los *carabinieri* Franco Orseolo. —El policía estrechó la mano del otro y Corso añadió—: Franco Orseolo, este es Johnny un viejo amigo de la guerra y, ahora, honrado restaurador.

Johnny lo observó con malicia y más cuando un grupo de turistas entró en el restaurante y él, rápidamente, adoptó el gesto sumiso de un criado asiático, a la vez que perdía su acento de California y tomaba otro prestado de las antiguas películas sobre la amenaza amarilla.

Corso se terminó el plato y se giró sobre su asiento para contemplar a su amigo, a la vez que le decía al policía:

—Prepárate para el espectáculo, porque ahora verás cómo le saca los cuartos a los ingenuos.

Orseolo sonrió y se acomodó en su silla para ver como Johnny obraba su magia interpretativa para que aquel grupo de forasteros se dejasen todo el dinero posible en su caja y no en la de otro restaurante.

*Los casos de Valentine Corso 2: **Los muertos sin voz***

Escrito por Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, noviembre 2025

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de dichos derechos podrá ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

lasdaoalplay.com